

EL TEATRO
MODERNO

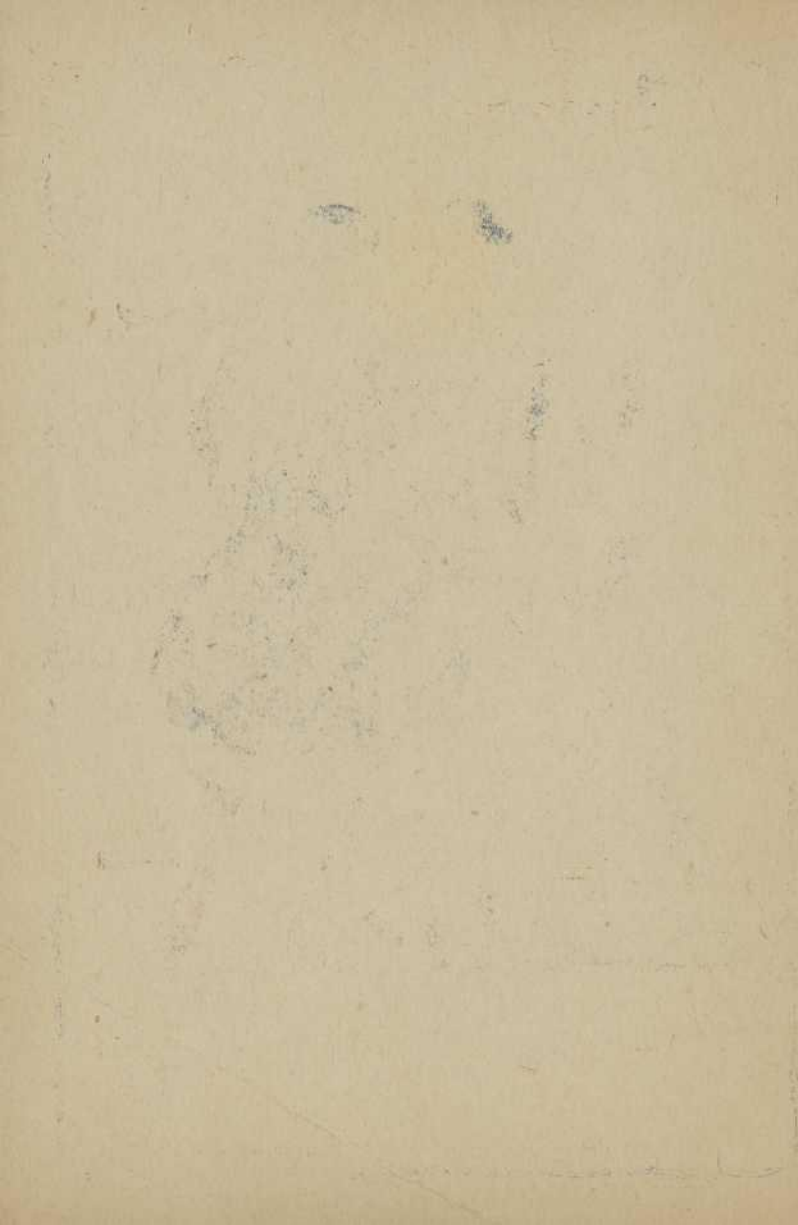


VIDA Y DULZURA
SANTIAGO RIVERO Y MARTINEZ QUIRRA

NO SE PRESTA

PRENSA MODERNA

50 CENTIMOS



T 379.881

R
11376

EL TEATRO

MODERNO

AÑO II 22 MAYO 1926 NUM. 35

Santiago Rusiñol
G. Martínez Sierra

VIDA Y DULZURA.

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA COMEDIA,
DE MADRID, EL 15 DE ENERO
DE 1907



Gobierno
de La Rioja

Educación, Cultura y
Turismo

Ministerio General de
Cultura

Departamento de La Rioja

PRENSA MODERNA
MADRID

R. 219.378

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

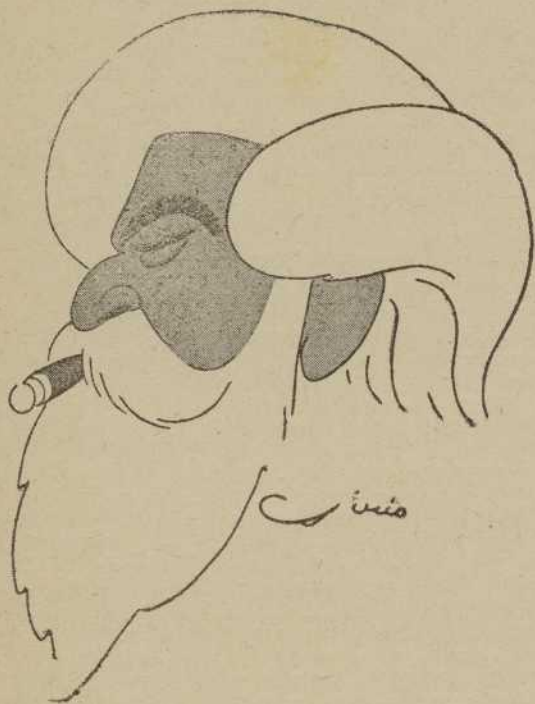
Las lágrimas de la Trini

POR

Carlos Arniches y Joaquín Abatl

PORTADA DE
AGUSTIN

CARICATURA DE
SIRIO



SANTIAGO RUIÑOL
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

Julia (28 años)	<i>Sra. Pino.</i>
Marcela, hija de Don Tomás (20 id.).	<i>Srta. Oria.</i>
Doña Gertrudis, esposa de Don Tomás (50 id.)	<i>Sra. Quijana.</i>
Engracia (50 id.)	<i>Srta. Brú.</i>
Una doncella (25 id.)	<i>Delgado.</i>
Señorita 1. ^a	<i>P. de Vargas.</i>
Idém 2. ^a	<i>Benito.</i>
Idem 3. ^a	<i>Blanco.</i>
Idem 4. ^a	<i>Adarve.</i>
Don Tomás (55 id.)	<i>Sr. Ramirez.</i>
Enrique (25 id.)	<i>Catalá.</i>
Plinio, hijo de Don Tomás (22 id.) ...	<i>Calvo.</i>
Doctor Dalmau (30 id.)	<i>Mendiguchia.</i>
Don Pascual (60 id.)	<i>Vigo.</i>
Don Severo (50 id.)	<i>González.</i>
Canónigo Magistral (50 id.)	<i>G. Leonardo.</i>
Don Gumersindo (60 id.)	<i>Alonso.</i>
Joven 1. ^o	<i>Aguirre.</i>
Idem 2. ^o	<i>Acuña.</i>
Idem 3. ^o	<i>Sala.</i>
Idem 4. ^o	<i>Vigo (G.)</i>

ACTO PRIMERO

El comedor en casa de don Tomás, catedrático en una capital de provincia. Ambiente de sencillez clásica. Montones de libros por todas partes. Cuadros con mariposas y coleópteros por las paredes. Varios mapas geológicos y geográficos. A un lado, la mesa a medio quitar; se nota que acaban de comer. Libros y revistas entre los platos. Al fondo, el aparador y una puerta. Otras puertas a derecha e izquierda.

ESCENA I

Don Tomás, Doña Gertrudis, Plinio, Marcela y Engracia. Plinio y don Tomás toman tila sentados a la mesa y tienen sendos libros en las manos. Doña Gertrudis, un poco más allá, toma también tila y lee. Marcela está sentada al otro lado. Engracia tiene en la mano la cafetera.

ENGRA. ¿Un poco más de tila, señor?

TOMAS. No, gracias.

ENGRA. Vamos, que no le sentará a usted mal.

TOMAS. No, no. Tomar tila con intemperancia es un vicio como otro cualquiera.

PLINIO. Es verdad. Puede uno convertirse en tilo-mano.

MARCE. (*Levantándose.*) Papá, ¿quiere usted que le ponga un almohadón?

TOMAS. No, gracias.

MARCE. ¿Es que hoy no quiere usted dormir la siesta?

TOMAS. La vida, hija mía, ya es por sí sola siesta. Una siesta triste, para esperar el sueño definitivo.

GERT. ¡Una siesta triste! ¡Ya apareció aquello! Me parece que no tienes motivos para quejarte.

¿Hay ningún catedrático, ni de provincias ni de Madrid, que tenga un hogar como el tuyo? No lo digo por alabarnos; pero tienes una familia que te trae en palmitas.

MARCE. (Con sorna.) Académicas.

TOMAS. Ya sé que tengo muchas ventajas. Ya sé que tengo una esposa moral; porque tú lo eres en alto grado, Gertrudis. Ya sé que tengo un hijo con ideas propias...

PLINIO. Deterministas.

TOMAS. Con ideas determinadas.

GERT. Y que es naturalista.

TOMAS. Ya sé que tengo una hija reflexiva, joven, espontánea. Que poseo lo que se es, lo que se tiene y bastante de lo que se representa, mas el perfecto dominio de mi "yo". Pero ya que he adoptado el pesimismo que nos exige verlo todo fúnebre, ¿he de cambiar de escuela filosófica y ponerme a tocar las castañuelas por cuatro satisfaccioncillas domésticas?

GERT. Y el ser, como eres, catedrático de una ciudad importante, ¿no es una gran satisfacción?

MARCE. Puede que la ciudad sea importante, pero a papá y a mí no nos gusta. El la encuentra triste, y yo, aburrida.

PLINIO. Papá tiene que encontrarla triste, porque la escuela filosófica a que pertenece le obliga a ello; pero tú todavía no tienes escuela determinada. Esta es una ciudad moral. Una ciudad tipo. Una ciudad pensadora.

GERT. E histórica. Tiene murallas romanas que no se encuentran en cualquier parte. ¡Van escaseando mucho las murallas! Tiene señales evidentes de un circo. Templo románico, ventanas góticas y otras muchas maravillas que de seguro podrían encontrarse, derribando las casas.

MARCE. ¡Pero como yo no las voy a derribar!

GERT. ¡Y, además, en punto a diversiones, no sé de qué puedes quejarte! La música del regimiento de Pamplona toca todos los jueves por la

tarde en el quiosco modernista. ¡Y qué piezas!
¡Y qué modo de tocarlas! Lo más clásico que
se le puede pedir a una música de regimiento.

MARCE. Sí; la "matchisch".

GERT. Además tenemos el paseo, con sillas y todo.
¿También el paseo te parece aburrido? Y el
mercado y la carretera. Y las reuniones de la
marquesa, a las cuales asiste hasta el Gober-
nador, con su secretario; ¡un muchacho tan
fino! ¿Tampoco te parecen bien esas reu-
niones?

MARCE. ¡Como no vamos nunca!

GERT. No vamos porque no somos gentes frívolas. A
tu edad, para que lo sepas, yo no había visto
el mundo más que al través de los libros.

PLINIO. Y yo no le he visto todavía, ni ganas.

TOMAS. Pues yo, que le he visto demasiado, puedo ase-
gurarte que el mundo es una bajeza, un mani-
comio, un centro de corrupción. Menos mal
que esta casa es uno de los lugares menos
pervertidos.

MARCE. Pues a mí me gustaría mucho ir a Madrid. Tía
Julia me ha prometido que si viene a pasar
unos días aquí, me llevará con ella, si me dejan
ustedes. Y quiero ir a Madrid.

PLINIO. ¿Vamos a tener aquí en casa a tía Julia?

GERT. Claro que la tendremos, si viene, como ha di-
cho. Es toda una mujer. Sentido moral, serie-
dad, conocimientos, lenguas vivas... Tiene una
cultura vastísima. No es que yo la haya trata-
do mucho, pero estando casada con mi her-
mano, publicista y autor dramático, por fuer-
za ha de ser una mujer intachable.

PLINIO. Yo no la dejaría venir. Las mujeres son una
calamidad.

GERT. Hay algunas...

PLINIO. Todas. Son espíritus patógenos.

TOMAS. A mí tampoco me hacen mucha gracia.

PLINIO. Como a nadie que tenga cerebro.

TOMAS. (A Gertrudis.) A ti te estimo por excepción.
Primero, porque estamos ligados por vincu-

- los... de simpatía, y después, porque tú eres tú, y eres menos mujer que las demás. Eres lo menos mujer posible.
- GERT. Te digo que hay ejemplos de mujeres...
- PLINIO. Bueno; no hablemos de cosas ínfimas. ¿Quién va a venir esta tarde a nuestras lecturas del sábado?
- TOMAS. Poco más o menos, los de siempre. Don Severo, el catedrático de retórica, que ha escrito una obra muy nutrida sobre la influencia de las Cruzadas; dos tomos de seiscientas páginas...
- MARCE. ¿Y las va a leer todas?
- TOMAS. Hoy sólo unas cien. Después, don Gumersindo, que ha encontrado unos documentos inéditos, y también nos los dará a conocer. El señor canónigo magistral, que continuará el folleto sobre el modo de combatir las pasiones.
- MARCE. Eso sí que...
- TOMAS. Tu madre, que continuará la lectura de su ensayo, yo la del mío, y don Pascual, que escuchará.
- MARCE. ¿Y no va a leer nadie más?
- TOMAS. ¡Ah! También vendrá el doctor Dalmau; pero ése hoy no viene a leer. (*A Marcela.*) De sobra sabes tú a qué viene.
- MARCE. Pues por mí ya se puede volver a marchar; ya les he dicho a ustedes que no le quiero.
- GERT. ¿Cómo se entiende eso de no le quiero? Un muchacho en lo mejor de la edad, treinta años, todo un hombre, con una cabeza excepcional, doctor, y no de esos que curan enfermos, sino de los de laboratorio. Si le haces ascos a un sabio así, tendremos que casarte con Aristóteles.
- MARCE. Si no le hago ascos. Pero no me gusta. Es feo.
- PLINIO. ¡Vaya un defecto!
- GERT. Ya te gustará cuando te cases, niña. Los encantos físicos pasan con el tiempo. Lo que hay

que buscar es la altura moral, la ética, la ciencia. ¿Te figuras que me gustaba a mí tu padre el día que me casé con él?

TOMAS. ¡Qué le había de gustar!

GERT. Si le hubiese mirado como hombre, todavía estaría soltera. Como a él todo se le puede decir, te diré que era un poco raquítico, flaco y no muy bien proporcionado; pero yo, en el fondo de la mala figura, supe adivinar al sabio, al espíritu sereno y reposado, la cabeza pensadora; a él, en una palabra.

TOMAS. A mí me sucedió lo mismo con tu madre. También la adiviné pensadora: mucho más pensadora que bonita.

GERT. Tal vez exageras un poco.

TOMAS. No, de bonita no abusabas, Gertrudis.

MARCE. Pues yo, para mí, quiero un hombre guapo.

PLINIO. Un hombre simpático, querrás decir.

MARCE. Quiero decir un hombre, un hombre de veras.

PLINIO. ¿Qué sabes tú de la especie humana?

MARCE. ¡Más que tú!

GERT. ¡Niños!

PLINIO. ¡Ni de eso ni de nada! Con tu poco amor al estudio, si no te hubiésemos obligado a estudiar, serías analfabeta.

TOMAS. ¡Hombre, no tanto!

PLINIO. Más que analfabeta, antropófila. No sabes hablar más que de amor, de sentimientos y de bestialidades por el estilo.

MARCE. ¿Al amor le llamas bestialidad?

TOMAS. No tanto, Plinio, no tanto como dices. Algo de razón tienes, pero no tanto; por más que algunos sabios así lo digan.

MARCE. Viejos deben de ser los tales sabios.

TOMAS. Los hay viejos y de edad regular. ¿Tú no has leído a Schopenhauer?

MARCE. Sí le he leído, porque ustedes me lo han hecho leer.

TOMAS. ¿Y sabes cómo define el amor Schopenhauer?

MARCE. No lo sé, ni me importa.

GERT. ¡Vamos, niña!

TOMAS. Pues Schopenhauer dice que el amor no es más que un engaño de la naturaleza para la reproducción de la especie.

MARCE. Bueno, a mí no me vengan ustedes con reproducciones ni con especies. Yo me quiero casar con un hombre joven y guapo (*Va hacia su cuarto.*) Si ven ustedes a Schopenhauer, se lo pueden decir de mi parte.

-ESCENA II

Don Tomás, Doña Gertrudis, Plinio y el Doctor Dalmau.

DALMA. Buenas tardes. Veo que están ustedes discutiendo. De la discusión brota la luz.

TOMAS. Buenas tardes, Dalmau.

DALMA. (*Dando la mano a Gertrudis.*) ¡Señora! (*A Plinio.*) ¿Qué hay, colega?

TOMAS. Nada. Discutíamos en familia el concepto del amor.

DALMA. Tema anticuado... pero tema. El amor, según dice Haeckel, es un exceso de nutrición.

TOMAS. Entonces me tranquilizo.

DALMA. De la nutrición depende el desgaste, quiero decir el desgaste de fuerzas; y cuanto menos desgastes más amor. A, digamos A, conduce las sensaciones a los centros reflejos, que llamaremos B. B, o sea el centro cerebral consciente, las transmite a la voluntad, y cuando la voluntad está bien nutrida, es cuando los hombres se declaran y están prontos al matrimonio.

GERT. ¡Qué teoría tan curiosa!

TOMAS. ¡Y tan funesta!

DALMA. Acabaron los tiempos en que se hablaba de enamorarse como de una enfermedad del corazón. Hoy, todos lo sabemos de cierto, el corazón no es más que una viscera. El corazón no es nada. Un motor, un repartidor, una bomba. Las pasiones son cosa del cerebro.

Corrientes de vibraciones centripetas, que se encuentran con las vibraciones centrifugas, y *ergo*: las miradas tristes, los apretones de manos y los ojos en blanco.

TOMAS. Yo eso del amor lo veo muy negro.

DALMA. Es un problema.

TOMAS. Pero muy negro.

PLINIO. Yo estoy estudiando la vacuna, y el día en que encuentre el microbio inocularé el no enamorarse. Ahora he vacunado un mico y estoy casi seguro del resultado.

DALMA. ¡Bravo! ¿Y qué síntomas presenta el animal?

PLINIO. Está triste.

GERT. Eso es que sigue enamorado.

DALMA. Disminúvale usted el alimento, y curará.

GERT. ¡Dios mío! ¡Y pensar que en nuestro tiempo no sabían curar el amor más que casándonos!

DALMA. Ahora también, y no lo desaprovebo. Ya saben ustedes que yo también quiero casarme; más digo: ya saben ustedes que por eso vengo. Hasta que el concepto de la moral cambie, como cambiará de seguro, es preciso formar una familia, o si me atreviese a decirlo, soportarla.

TOMAS. Eso es lo que hemos hecho nosotros: soportarnos mutuamente.

DALMA. Eso sí: una familia poco numerosa. Las especies inferiores son las que más se reproducen. Tendré dos hijos, uno de cada sexo.

GERT. Lo mismo que nosotros.

DALMA. Ya sé que nos entenderemos. Familia como la de ustedes, y no lo digo por alabarles, culta, observadora y, sobre todo, amena, sería difícil encontrar otra.

GERT. Gracias. Lo que sí puede usted decir es que en esta casa todos pensamos, y la intelectualidad es la alegría. Este con la cátedra, Plinio con el laboratorio y yo escribiendo para las revistas, nunca estamos tristes.

TOMAS. Yo sí que lo estoy.

GERT. Tú lo estás por la escuela a que perteneces.

DALMA. Y Marcela, ¿qué piensa?

- GERT. Marcela piensa como nosotros; la hemos educado con el mejor método. Le gusta la ciencia, el estudio, la experimentación, el análisis; pero, naturalmente, como es joven, todavía se hace ilusiones respecto a la vida.
- DALMA. Ya me cuidaré yo de quitárselas.
- GERT. Es una niña; le gusta componerse.
- DALMA. Atavismos.
- PLINIO. Le gusta divertirse.
- DALMA. Trabajaré conmigo en el laboratorio.
- GERT. Hasta flirtear un poco le gustaría.
- DALMA. ¡Ay! De eso sí que no tengo tiempo. Lo siento, pero no la podré complacer. Los que nos consagramos a trabajos serios no nos podemos entretener en frivolidades. No.
- PLINIO. ¡Para entretenimientos estamos!
- DALMA. Por eso encargué a ustedes que se lo dijeren y que resolviesen.
- GERT. Ya se lo hemos dicho. Le hemos hablado. Le hemos planteado el problema.
- DALMA. ¿Y ella?...
- GERT. A ella moralmente le gusta usted. Le respeta a usted, le admira, le considera...; pero...
- DALMA. Pero ¿qué?
- GERT. Pero físicamente...
- DALMA. Ya lo comprendo: me encuentra feo.
- TOMAS. No; feo, no. Le encuentra a usted poco armónico... de estructura.
- DALMA. ¡Ja, ja! Me tranquilizo. La belleza exterior es un espejismo, un deslumbramiento de la mujer. Una ficción del nervio óptico. Yo no seré un hombre para ella: seré un compañero, seré un colega.
- PLINIO. Naturalmente.
- DALMA. La convenceré *a posteriori*. En cuanto acabe el último tomo de la obra que estoy escribiendo sobre las células nerviosas, nos casaremos. Quiero entregarle el primer ejemplar como regalo de boda.
- TOMAS. ¡Qué dice usted!

DALMA. La mejor joya que puedo darle es el primer ejemplar de mi obra.

TOMAS. No tengo palabras para decirle a usted nuestra satisfacción. Desde hoy, para nosotros es como si fuera usted un hijo.

PLINIO. ¡Y qué hijo!

DALMA. Un hijo que será digno de sus suegros.

ESCENA III

Dichos y Enrique.

ENRIQ. ¿Se puede pasar?

TOMAS. Buenas tardes, Enrique. ¿Tú por aquí?

ENRIQ. Yo por aquí. ¿Cómo va, doña Gertrudis? ¿Y usted? (*A don Tomás.*)

TOMAS. Yo, fisiológicamente, muy bien; pero la psicología, como siempre.

ENRIQ. No le entiendo a usted, pero me alegro.

TOMAS. (*Presentando.*) El doctor Dalmau. Enrique, hijo de un amigo mío. Hombre eminente. Personalidad notabilísima. Quiero decir el padre, porque el hijo...

ENRIQ. Sí, el hijo no va para eminencia.

DALMA. ¿Se dedica usted a los estudios científicos?

ENRIQ. No, señor. Me dedico a vender automóviles para ganar la vida..., porque yo no tengo más ciencia que la de ganarme la vida.

TOMAS. Aquí donde le ve usted, ha hecho de todo. Es un nómada, un verdadero nómada.

ENRIQ. Esa palabra es nueva. Cuando era discípulo de usted no me la dijo usted nunca.

DALMA. ¡Ah! El señor es discípulo de usted.

TOMAS. ¡Calla!

ENRIQ. Sí, señor; de Filosofía.

TOMAS. ¡Que calles te digo! Fué por casualidad.

ENRIQ. ¡Y tan casualidad! Usted aquel empeño en enseñarme, y yo aquel empeño en no aprender.

TOMAS. Por eso eres un ignorante.

ENRIQ. De algunas cosas, sí. Pero, en cambio, sé otras que ustedes no saben.

- PLINIO. ¿Cuáles?
- ENRIQ. Vivir. Y que no lo he aprendido en los libros. Lo he aprendido como hay que aprenderlo: vi-
viendo.
- DALMA. Bien, muy bien. Expliquenos usted su teoría.
- ENRIQ. No es teoría, es práctica. Yo no estudio nunca; eso ya lo sabe don Tomás. No aprendo las cosas en los libros. Si las puedo ir a ver, voy y las veo, y si no, las dejo correr. Para mí, nada de telescopios ni de microscopios. A lo que está demasiado alto no me acerco, y lo que es demasiado pequeño no me importa. Si aprendo lenguas han de ser vivas. A las estrellas las miro de lejos; a las mujeres, de cerca, y si son guapas, de mucho más cerca. Y así como hay quien escribe un libro con las cosas que ha leído en otro, yo me guardo todo lo que leo, y mi libro soy yo, y nunca se me come la polilla.
- TOMAS. ¡Qué teoría tan absurda! Si todo el mundo pensara como tú, ¿quién escribiría para los ignorantes?
- ENRIQ. Ustedes, los tenedores de libros de la ciencia.
- TOMAS. Eres un inconsciente.
- PLINIO. No haga usted caso, doctor.
- GERT. Hay que dispensarle.
- DALMA. Es curioso. Digno de estudio. En cuanto tenga un rato libre, quiero estudiarle el cráneo.
- ENRIQ. Conformes. Examineme usted cuando guste. Encontrará usted un poco de aire, pero fresco. Tengo una corriente que me pasa de un oído a otro. Lo que me entra por aquí me sale por allá.
- DALMA. Me gusta este joven. Es un caso. Pertenece a una familia que aún no tengo clasificada.
- ENRIQ. A la familia Reventós.
- DALMA. A la familia de los futuristas arbitrarios, especie práctica, clase inconsciente.
- PLINIO. Inconsciente reflejo.
- DALMA. Para mí es sencillamente un neófito de la óptica de las grandezas.

TOMAS. Niego.

DALMA. Pues yo afirmo.

ENRIQ. Bueno; cuando se hayan puesto ustedes de acuerdo, avisen, que me tienen ustedes en un ¡ay!

TOMAS. No pienses que queremos ofenderte. Son observaciones, y por cierto no desfavorables. Tienes elementos de optimista. ¡No escribirás ningún libro serio, eso no; pero te reproducirás abundantemente! Quiero decir que tendrás muchos hijos...

ENRIQ. Pues si me salgo con la mía, ya sé quién va a tener muchos nietos.

TOMAS. Eres...

ENRIQ. ¡Dale con lo que soy! Yo se lo diré a ustedes para que no cavilen. Soy un hombre natural. Ya ven ustedes si es fácil estudiarme. Nada más que un hombre natural. Pero como ustedes todo lo complican, pronto me nombrarán ustedes mariposa para poderme atravesar con una aguja y colocarme en una vitrina. Ya me dejaré diseccionar cuando me muera, si les puedo servir para la colección. Y creo que sí, porque vamos escaseando tanto los hombres que somos eso, hombres nada más, que pronto para vernos habrá que ir a los museos.

PLINIO. Y pensando como piensas, ¿cómo demonios vienes a las lecturas?

ENRIQ. No te asustes, que no traigo nada que leer. Vengo (*Entra Marcela.*), vengo a leer un libro, pero ése no le entienden ustedes.

GERT. A ti sí que no hay quien te entienda. Si dependiera de mí, te pondría a régimen científico.

ENRIQ. ¡Eso, no, por Dios; que me matarían ustedes en dos días! (*Se acerca Marcela, que ha entrado por el fondo. Engracia entra también, y acaba de quitar la mesa.*)

ESCENA IV

Dichos, Marcela y-Engracia.

DALMA. Marcela...

MARCE. ¿Usted aquí?...

DALMA. Yo siempre estoy aquí. Cuando no estoy presente, me transporto. Envío el pensamiento, el intelecto, que es lo más sagrado del hombre.

ENRIQ. ¡Bravo la flor! Para ser de herbolario, no está mal.

DALMA. Yo no hago figuras poéticas. Los hombres como yo no tenemos jardín.

ENRIQ. Sí; tienen ustedes jardín botánico.

DALMA. A mucha honra, joven.

ENRIQ. Buenas tardes, Marcela.

MARCE. ¿También tú vienes a la velada?

ENRIQ. ¿No sabes que no hay nada que me seduzca tanto como las veladas científicas?

TOMAS. Hoy será literaria.

PLINIO. Científica.

ENRIQ. Sea como quiera; la seducción para mí es la misma.

GERT. (*A Engracia.*) Acaba pronto de quitar esos platos, que va a venir gente.

ENGRA. ¿Sabiotes otra vez?

GERT. ¿Qué quiere decir eso?

ENRIQ. Quiere decir que ellos serán muy sabios, pero ensucian mucho...

GERT. ¡Cállate! No haga usted caso, doctor.

DALMA. No se preocupe usted, señora. Si es muy curiosa...; pertenece...

ENRIQ. ¿Más horóscopos científicos?

DALMA. No se asuste usted, hombre. Quería decir únicamente que aún quedan vestigios de mujer de la edad de piedra.

ENGRA. La edad que yo tengo no le importa a nadie. Soy vieja, ya lo sé; pero digo lo que me parece. Los sabios huelen a humedad; traen arañas encima.

GERT. ¿Te quieres marchar?

ENGRA. (*Saliendo.*) En la casa donde ellos entran ya puede prepararse el alcanfor.

GERT. ¡Ignorante, más que ignorante! Indocta, inculta.

TOMAS Mujer, no te sofoques. Son clases inferiores. Cerebros de cuatrocientos gramos. Déjala, y para hacer tiempo, vamos a enseñar la biblioteca a nuestro... colaborador. Verá usted una colección de revistas como no hay otra en toda la provincia.

DALMA. (*A Enrique.*) ¿No viene usted?

PLINIO. ¡Qué ha de venir!

ENRIQ. No, señor. Me quedo. Con los libros me pasa lo que con las mujeres. Me gusta leerlos uno a uno. En cuanto hay muchos juntos o muchas, me mareo. (*Salen todos menos Enrique y Marcela.*)

ESCENA V

Marcela y Enrique.

ENRIO. ¡Gracias a Dios que se han ido!

MARCE. Ten cuidado, que te pueden oír.

ENRIQ. No hay miedo. En cuanto están con sus libros pierden el oído, el tacto y la vista. ¡Ay! Ya me puedes agradecer que venga. ¡Qué casa, Marcela! Casémonos pronto y vámonos. ¡Vámonos a cualquier parte, donde no sepan de letras!

MARCE. Pronto lo has dicho tú. ¿Cómo?

ENRIQ. ¡En automóvil, a doscientos kilómetros por hora, atropellándolo todo por el camino; en globo, nadando, como sea; pero vámonos!

MARCE. Sí; pues ahora se va arreglando. ¿No sabes lo que quieren?

ENRIO. ¡Qué sé yo! Hacerte estudiar Astronomía.

MARCE. Casarme..., casarme con el doctor Dalmau.

ENRIQ. ¡¡Casarte con el doctor Dalmau!! ¿Con ese sabio de secano? ¿Con ése...? ¡Vamos! ¿No

ven que si te casas con él te pondrá en espíritu de vino para hacer experimentos conyugales? ¡Que se case con una rana si quiere hacer estudios eléctricos!

MARCE. ¿Y qué voy a hacer yo?

ENRIQ. No casarte con él.

MARCE. Eso, claro; pero tampoco me podré casar contigo.

ENRIQ. ¡¡Que no te vas a casar conmigo!! Mira, ahora, por de pronto, ya gano la vida para mí. Mañana... la ganaré para ti, y pasado mañana..., para los que vengan. Seré rico. Lo seré, porque tengo voluntad para serlo. A puñetazos, a mordiscos, a empujones, sea como quiera, lo seré. Así es que tú, a esperar; yo, a correr, y cuando tenga lo que he de tener, te vendré a buscar y a pedirte, y como el dinero convence hasta a los sabios, nos dejarán casar por buenas. Y si no nos dejan, prendo fuego a la biblioteca y te salvo a ti del incendio.

MARCE. Sí que tengo confianza en ti; pero contra la voluntad de mis padres, antes me moriría que...

ENRIQ. Los convenceremos, no tengas cuidado. Tú dime que me querrás siempre, siempre, y ya le ablandaremos el corazón a la ciencia.

MARCE. Ya sabes que sí.

ENRIQ. Porque yo todavía creo en el corazón, y si no creyera, me harías creer tú. (*Le coge las manos.*)

MARCE. ¡Calla, que vienen las visitas!

ENRIQ. Las estantiguas, querrás decir.

MARCE. Ten un poquito de paciencia.

ENRIQ. La tendré, pero me has de dar ánimos mirándome. En cuanto te pierda de vista ahogo a un sabio en tinta.

ESCENA VI

Dichos y Don Pascual.

PASCU. Buenas tardes. ¿Cómo va desde el sábado, niña? ¿Y los compañeros? ¿Aún no ha venido nadie?

MARCE. Ya no tardarán.

PASCU. Pues sentémonos, y que vayan llegando.

ENRIQ. ¿Usted es de los que van a leer?

PASCU. No, joven. Yo soy el que escucho. Mejor dicho, el escuchador.

ENRIQ. ¿El... qué?

PASCU. El escuchador. Porque alguien tiene que escuchar cuando leen.

ENRIQ. Pues los demás, ¿qué hacen?

PASCU. Los demás son lectores, y el que va a leer no escucha. Espera a que los demás acaben, y la prisa no le deja oír.

ENRIQ. No será tanto.

PASCU. Como usted lo oye. La niña ya sabe que tengo la gran práctica en eso de no dormirme cuando leen. Ya hace diez años que me siento en aquel sillón. ¿Ve usted ese hueco que tiene? Es mi molde.

ENRIQ. Ya es aguante, ya.

MARCE. Tiene mucha paciencia.

PASCU. No es paciencia: es vicio. Dos años seguidos estuve yendo a ver jugar al tresillo sin entender las cartas; los jugadores lo sabían, y a pesar de saberlo me consultaban. Aquí me sucede lo mismo. Todo lo que leen lo entiendo, poco más o menos, como el tresillo, y también lo saben y también me consultan; y es que tengo un aire muy serio. Como el que tiene poca renta no puede permitirse vicios caros, yo me he dedicado a escuchar, que es vicio baratito y da lustre.

ENRIQ. Vaya, pues que escuche usted por muchos años.

PASCU. Me voy al sillón, que les oigo.

ESCENA VII

Dichos, Don Severo, el Canónigo, Don Tomás, Doña Gertrudis, Dalmau y Plinio. Después, Don Gumersindo. Entran discutiendo Don Severo y el Canónigo.

SEVER. Horacio decía, y yo en él me apoyo:

“Gemmas, marmor, ebur
sigilla tabellas”, etc., etc.

CANON. Estimo a los clásicos como poetas. Ya sabe usted que he hecho traducciones sáficas; pero como filósofos no les admito. Estoy por los Padres de la Iglesia.

SEVER. Y yo por los abuelos de toda ciencia.

CANON. ¡Palabras!

SEVER. Hechos. La ciencia es hechos. Hechos concretos. ¿No opina usted como yo, don Pascual?

PASCU. Muy bien, muy bien.

TOMAS. *(Entrando.)* Muy bien ¿qué?

SEVER. Que la ciencia ha matado a los poetas.

DALMA. ¿Matarlos? Aún más: anularlos. La poesía, la metafísica, las religiones murieron para siempre.

ENRIQ. ¡Dios las haya perdonado!

CANON. ¡Protesto!

DALMA. Han muerto, digo.

CANON. Digo que viven. Y si ustedes se quieren vencer de ello, no tienen sino leer mis veinte conferencias.

DALMA. ¡Vengan las conferencias!

PASCU. Muy bien, muy bien.

ENRIQ. Perdón. ¿Las van ustedes a leer ahora?

CANON. Ahora mismo. Las pruebas son pruebas.

ENRIQ. *(Levantándose.)* Vámonos, Marcela.

MARCE. Vamos, hombre, no tengas miedo.

GERT. Las leeremos otro día, que tiempo no nos ha de faltar. Para hoy ya tenemos programa. Siéntense ustedes, y empezaremos.

- GUMER. (*Entrando.*) Salud a los colegas y a las damas.
- GERT. (*Dándole la mano.*) Siéntese usted en su sitio, don Gumersindo, que vamos a empezar la sesión. Dispensenme ustedes todos, que hoy va a ser la velada amena. Dedicaremos la tarde a la pobre literatura.
- PLINIO. Tiempo perdido.
- PASCU. Perfectamente.
- PLINIO. La literatura es un foco de microbiología moral.
- CANON. No tanto, no tanto, joven exaltado. Bueno es vigilar y combatir los bacilos; pero tú padeces la manía de persecución microbiológica.
- PLINIO. Es que el microbio, para que ustedes lo sepan, existe en todas partes. Los labios de la mujer más hermosa, la mano del amigo, hasta el niño inocente están piagados de microbios.
- ENRIQ. ¿Y los billetes de Banco?
- PLINIO. También: de estreptococos..., el microbio de la miseria.
- ENRIQ. Pues Dios me dé una plaga.
- PLINIO. Piaga o no, el porvenir es del bacteriólogo.
- TOMAS. ¡Aito ahí! El porvenir es del pesimismo.
- DALMA. Empezando por el cerebro del hombre, iremos a parar a los demás, al sistema experimental.
- CANON. No le admito, permitame usted que no le admita.
- DALMA. Porque en las capitales de provincia todavía están ustedes atrasados. Viven ustedes casi a tientas.
- SEVER. Hay de todo, hay de todo, doctor Dalmau. No crea usted que somos tan negados que no nos demos cuenta del progreso. Aquí se estudia, se penetra.
- TOMAS. Inútilmente.
- SEVER. No tan inútilmente. ¿Se figuran ustedes que hay muchos núcleos que se preocupen como nosotros del movimiento intelectual? Aquí no se deja nada por discutir. Y si la expresión fuese propia, me atrevería a decir que somos

- extracto de revista; mejor dicho, que las revistas no se escriben más que para nosotros.
- PASCU. Conformes, absolutamente conformes.
- GERT. Pero, señores, ¿empieza la sesión o no empieza?
- SEVER. Usted es quien tiene que abrirla.
- GERT. Pues la abro. Saquen ustedes sus papeles. (*Todos sacan del bolsillo un gran paquete de papeles.*) Y lean.
- GUMER. (*A don Severo.*) Usted.
- SEVER. (*A don Gumersindo.*) No; le toca a usted.
- GUMER. Entonces empezaré por un documento que atribuyo al siglo catorce. Es una joya, un tesoro que he encontrado en un desván gótico. La obra tiene cuatrocientas páginas.
- ENRIQ. ¡Ay! A mí me va a dar algo.
- GUMER. Pero las ratas y escarabajos han destruido más de trescientas.
- PASCU. Perfectamente.
- ENRIQ. ¡Lástima de aperitivo!
- GUMER. El documento dice así: "Aquel desafortado caballero había por mujer leal a la señora Brunilda, e aquesta señora Brunilda estaba tenida por sancta, por cardenales e obispos..."

ESCENA VIII

Dichos. Engracia; después, Julia.

- ENGRA. (*Entra corriendo.*) ¡Señora, señora!
- TOMAS. ¿Qué pasa?
- ENGRA. Señora, salga usted.
- TOMAS. ¡Silencio, y márchate en seguida! ¿No ves que están leyendo un documento del siglo catorce?
- ENGRA. Es que llega la señorita Julia.
- TOMAS. Sí que ha escogido mal momento.
- PLINIO. ¡Mujer había de ser!
- GUMER. Si quieren ustedes que lo dejemos, lo dejaremos.
- GERT. Al contrario; si se alegrará mucho de encon-

- trarnos leyendo. Es mujer de un autor dramático, y sabe lo que es leer y hasta escribir.
- JULIA. *(Entrando con gran animación y saludando a todos.)* Gertrudis, Tomás, ¿qué tal? *(Todos se levantan, menos don Pascual.)*
- TOMAS. Tirando, tirando nada más.
- JULIA. ¿Y tú, Marcela?
- MARCE. Yo, muy bien.
- JULIA. ¡Estás hecha una mujer, y muy guapa! ¿Y tú, Plinio?
- PLINIO. *(Con frialdad.)* Yo, como siempre.
- JULIA. No me esperaban ustedes, ¿verdad? Hace yo no sé cuántos días que estoy queriendo venir; pero la modista ha tenido la culpa. Tenía que entregarme tres o cuatro trajes, para el campo hace falta tanta ropa, y hasta ayer por la noche no me llevó el último. Como la mitad de nuestra vida está en sus manos, nos tienen esclavizadas. Pero siéntense ustedes; nada de cumplidos.
- PASCU. Gracias. *(Todos se sientan.)*
- JULIA. Vengo entusiasmada del camino. ¡Qué camino! ¡Qué luz y qué gloria de árboles! Montañas, llanuras, bosques, ríos, de todo. Los alrededores son hermosísimos. Antes de entrar en la ciudad he visto un bosque de encinas, y de buena gana me hubiese quedado a vivir en él.
- PLINIO. Ya sé dónde: terreno volcánico.
- TOMAS. En la antigua Ibúrnea debe de ser.
- JULIA. Es un rincón de sombra y de espesura. Un sitio como hecho a propósito para que vayan los enamorados o para enamorarse de repente. No sé cómo teniendo cerca esos paisajes, haciendo sol y teniendo piernas, se están ustedes encerrados en casa, medio a oscuras y con moscas.
- PLINIO. Yo he ido algunas veces a buscar coleópteros.
- JULIA. ¡Ja, ja, ja! ¡Coleópteros! ¡No estás tú mal coleóptero! Con la novia sí que habrás ido. Porque supongo que tendrás novia o novias.

- PLINIO. No me ocupo de semejante cosa.
- JULIA. Si te gusta la libertad, haces bien. No hay nada como eso: ser libre. Y la libertad del campo, sobre todo, para los que vivimos en las ciudades. ¡Aquel Madrid! Acabo de llegar y ya me entran deseos de cantar, de bailar y hasta me parece que respiro mejor. ¡Dichosos ustedes que pueden vivir siempre en el campo!
- SEVER. No vivimos en el campo.
- JULIA. Pero van ustedes a menudo.
- SEVER. Cuando no tenemos que hacer. Pero siempre tenemos que hacer.
- JULIA. ¡Ja, ja! ¡Que hacer dice! No será tanto cuando les encuentro aquí reunidos.
- GUMER. Estamos leyendo.
- JULIA. ¿Leyendo? ¡Qué alegría! ¡He caído en un paraíso! ¡Fuera paisaje y dentro poesía! ¡Con lo que a mí me gustan los versos! Mi marido escribe siempre en prosa; pero yo le digo: "Escribe en verso, hombre, escribe en verso". Andando: lean ustedes poesías y me tendrán de parroquiana.
- GERT. Si quieres que te enseñe tu cuarto...
- JULIA. Luego, luego. Primero es la poesía que el cuarto. Lean ustedes, lean.
- SEVER. Dispense usted, señora; pero aquí leemos cosas serias.
- JULIA. ¡Qué lástima!
- SEVER. Lástima, ¿de qué?
- JULIA. De que no sean alegres.
- GERT. Julia, me parece que esa teoría...
- JULIA. Lo esencial en el mundo es no aburrirse. Las penas vienen sin que nadie las llame. ¿No les parece a ustedes que vienen solas?
- TOMAS. ¡Ay! Si.
- JULIA. Y la misión de los poetas es cantar la alegría, el amor, la ilusión y todas las cosas que regocijan y hacen la vida más hermosa. Yo quiero vivir alegremente, siempre, siempre con alegría.
- ENRIQ. ¡Muy bien dicho!

- MARCE. ¡Es verdad!
- TOMAS. Pues aquí no vivimos alegremente.
- JULIA. ¡Ja, ja! ¡Dice que no viven alegremente, y son poetas! Es la primera vez que lo oigo.
- GUMER. Es que no somos poetas.
- JULIA. ¿Pues qué son ustedes?
- DALMA. Somos...
- ENRIQ. Son sabios.
- JULIA. ¿De veras? ¡Pobrecillos!
- DALMA. No se ría usted, señora, no se ría usted. Si no somos sabios, trabajamos por llegar a serlo. A los que vivimos en provincias todavía no nos han corrompido las frivolidades y las menudencias.
- JULIA. ¡Jesús!
- DALMA. Eso que ustedes llaman versos, lo dejamos para los niños y para los espíritus convalecientes; y eso otro a que usted llama amor, aquí no nos dignamos ni hablar de ello.
- ENRIQ. El amor aquí es contrabando.
- JULIA. ¡Pero escúchenme ustedes, infelices! Si no hablan ustedes nunca de amor, ¿cómo pasan la vida en este pueblo? ¡Si el amor es lo único que vale la pena de vivir! ¡Si todo va a parar a lo mismo! ¡Que ya no hablen los viejos, lo comprendo; pero Plinio y ustedes... los jóvenes! ¡Qué lástima les tengo! Suerte que no lo dicen ustedes en serio, porque si no sería cosa de renegar de la sabiduría.
- SEVER. Usted podrá decir lo que quiera, pero será inútil. En este punto somos incorruptibles.
- JULIA. Si valiese la pena, ya lo veríamos. ¡La primera mujer..., un poco mujer, que se le pusiese delante, iba a hacer aquí unos estragos! (*El Canónigo se levanta y va hacia la puerta.*)
- TOMAS. Desgraciadamente, acaso es verdad.
- SEVER. No, señor.
- GUMER. ¡Protesto!
- PASCU. ¡Muy bien, muy bien!
- JULIA. Estragos, sí, señor. ¡Ja, ja! No iba a quedar ni uno para contarlo.

- SEVER. No haría estragos ni podría hacerlos, porque sabemos prevenirlos.
- JULIA. ¿Cómo?
- SEVER. (*Levantándose.*) Retirándonos ante el peligro. Yo tengo que salir. ¿Ustedes se quedan?
- GUMER. Vámonos.
- CANON. Vámonos.
- TOMAS. Pero, señores, ¿y la lectura?
- DALMA. Tiempo tendremos de leer y hasta de discutir con la señora. Estudiaré la cuestión, y cuando tenga datos suficientes, discutiremos. Yo no discuto nunca sin datos.
- JULIA. Yo le daré a usted todos lo que quiera.
- SEVER. (*Al Canónigo.*) Vámonos, que esto no se puede sufrir.
- DALMA. Es un caso, una enfermedad.
- GUMER. ¡Qué mujer! (*Salen don Gumersindo, don Severo, Dalmau y el Canónigo.*)
- JULIA. ¡Ja, ja! ¡Qué hombres! ¡Qué hombres, Señor! ¡Yo que he venido aquí a distraerme! ¡Si no se llegan a marchar, me muelo!
- GERT. ¡Pero Julia!...
- JULIA. Si de sobra sé que me dais las gracias por habéroslos quitado de encima. Pregúntales a Marcela y a su novio si no he hecho bien en... despejarlos.
- GERT. Este joven no es novio de Marcela.
- JULIA. ¡Ja, ja! ¡Pues no lo ha de ser! A mí me podréis discutir otras cosas; pero lo que es de miraditas entiendo. Se quieren, estoy segura de que se quieren.
- GERT. Pero...
- JULIA. Y hacen bien en quererse, ya que son jóvenes.
- GERT. Julia, ¿qué has venido a hacer?
- JULIA. He venido a veros, a abrazaros. A quitarme de encima el aletargamiento de la vida de ciudad, a vivir unos cuantos días.
- DONC. (*Entrando.*) ¿Dónde hay que llevar estas maletas?
- GERT. Ven para que escojas habitación.
- JULIA. Dame la que quieras, pero que tenga luz. Ven-

go a respirar luz. Hasta luego, Plinio. Hasta luego, Tomás. ¡Ja, ja! (*Salen Gertrudis, Julia, la Doncella, Marcela y Enrique.*)

PLINIO. ¡Válganos el yo, qué mujer! ¡Qué bólido nos ha caído en casa!

TOMAS. ¡Si no es una mujer! ¡Es una enciclopedia de mujer! Si no nos fortificamos con documentos, nos mareará. ¡Nos mareará! Créeme, Plinio, no discutamos con ella. Los días que esté aquí encerrémonos en la biblioteca. (*Se oye cantar a Julia dentro.*)

PLINIO. ¿Qué es eso de encerrarnos? ¡A luchar! Ya veremos quién vence. Quiero confundirla, deshacerla, rendirla, a fuerza de dialéctica. ¡Puesto que quiere guerra, tendremos guerra! ¡Tendremos guerra psicológica!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Jardín botánico. Fachada de la casa; parra, verja, tapia, árboles y plantas varias. Sillas y velador de jardín.

ESCENA I

Julia, sentada en una mecedora, está dormida. *Marcela*, sentada en una sillita y con un cesto de labor al lado, cose y canta bajito.

JULIA. (*Despertándose.*) ¡Ah! ¿Qué hora es? Las cinco. Pero ¿cuánto tiempo he estado yo durmiendo? ¿Estás ahí, Marcela? ¿Por qué no me has llamado?

MARCE. Dormías con una cara tan satisfecha, que no he querido despertarte. De seguro estabas soñando con algo muy bueno.

JULIA. No me acuerdo. ¡Ah, sí! Estaba soñando con tu novio.

MARCE. Ya puede estar contento el doctor Dalmau.

JULIA. Es que el doctor Dalmau no es tu novio.

MARCE. ¿No?

JULIA. Es el novio de tu familia.

MARCE. ¡Ay!

JULIA. ¡Qué suspiro tan elocuente! ¡Pobre doctor!

MARCE. ¡Pobre doctor! (*Las dos se rien.*)

JULIA. ¿Qué estás haciendo ahí?

MARCE. Coser.

JULIA. Como siempre; eres la mujer más hacendosa que conozco.

MARCE. ¡Qué remedio me queda! La filosofía rompe mucha ropa, y la literatura no la compone. Si yo no fuese, como tú dices, mujer hacendosa, andaríamos todos en esta casa como el hombre de las cavernas. ¡Ay!

JULIA. ¡Ay! ¿Otro suspiro?

MARCE. ¡Que envidia te tengo!

JULIA. ¿Por qué?

MARCE. Por todo. Hasta de la cosa más pequeña sabes sacar motivo de alegría. ¡Eres feliz!

JULIA. Y tú lo serás.

MARCE. Esperanzas en Dios; pero entretanto...

JULIA. ¿Entretanto...?

MARCE. Entretanto me aburro desesperadamente.

JULIA. Muy mal hecho. A los diez y ocho años, cuando se tiene el amor joven y la cara bonita, la mujer que consiente en aburrirse comete un crimen; sí, señora, un crimen. ¡Si vieras cuando se cumplen los treinta y nace la primera arruga, cómo le remuerde a uno la conciencia por todas las risas que se ha dejado por reír! Créeme a mí.

MARCE. Que no tienes arrugas.

JULIA. Porque me cuido el buen humor...

MARCE. ¡Si llego a tener hijos no los enseño ni a leer!

JULIA. ¿Y qué dirá el doctor, su ilustre padre?

MARCE. ¿El doctor va a ser padre de mis hijos?

JULIA. Naturalmente. ¿No dices que es tu novio? Mi-

ra, no vuelvas a suspirar. (*Marcela se ríe.*) Así me gusta. ¿Sabes que te pones muy guapa cuando te ríes? Pero muy guapa. Mirate al espejo. (*Le da un espejito de mano, que saca del bolsillo.*)

MARCE. ¿En el bolsillo llevas el espejo?

JULIA. Siempre, hija mía; es un recurso.

MARCE. ¿Un recurso?

JULIA. Contra la tristeza, contra el aburrimiento, contra las cosas feas que tiene una que mirar por fuerza; quien dice cosas, dice personas.

MARCE. Pues lo que es a mí me da mucha rabia mirarme al espejo. (*Mirándose y casi llorando.*) ¡Soy muy fea!

JULIA. ¡Chiquilla, no blasfemes! Tienes diez y ocho años.

MARCE. De bastante me sirven.

JULIA. Mirame. Eres morena.

MARCE. Negra.

JULIA. "Negra soy, pero hermosa, porque el sol me ha besado."

MARCE. Déjate de biblias.

JULIA. ¡Ah! Pero ¿eso es de la Biblia?

MARCE. De la Biblia.

JULIA. Pues no lo sabía. Creí que era de un drama de mi marido.

MARCE. Puede que lo sea también.

JULIA. Puede. Qué ignorante soy, ¿verdad?

MARCE. Pero eres bonita.

JULIA. En eso estábamos. Mirame otra vez. Quedamos en que eres morena; tienes los ojos garzos, los labios muy rojos...

MARCE. ¡Buena combinación!

JULIA. ¡Admirable! ¿Qué más quieres?

MARCE. Quiero ser como tú.

JULIA. ¡Ja, ja, ja!

MARCE. Sí, como tú. Yo no sé si eres blanca o morena, si tienes los ojos azules o negros...; pero eres como eres: bonita a todas horas, de todos modos, de frente, de perfil, cuando hablas, cuando andas, cuando...

JULIA. ¡Qué panegirico!

MARCE. No te rías.

JULIA. Lloraré.

MARCE. No te rías. Vas andando y parece que te sigue la falda; te sientas, y parece que has nacido sentada. Yo, si ando, parezco una campana; si me siento, me nace ropa por todas partes; no sé nunca dónde poner las manos; se me ven los pies desde media legua. Esta mañana he querido peñarme como tú..., y ya ves..., por poco me arranco el moño de rabia. (Llora.)

JULIA. Pero ¿eso es en serio?

MARCE. (Llorando.) En serio.

JULIA. (Echándose a reír.) Pero, chiquilla..., ¡ja, ja!... Bueno. Déjame que me ría... ¡Ja, ja!... No te enfades..., ¡ja, ja!... hija, si no lo puedo remediar... (Sigue riéndose desasoradamente.)

MARCE. Ríete. ¡Si vieras qué gana me da a mí de reír!

JULIA. (Sin poder contenerse.) ¡Ja, ja, ja! Perdón... ¡Ja, ja!... Dame un susto, ¡ja, ja! (Conteniéndose a duras penas.) También ahora debo estar muy bonita.

MARCE. (Casi con despecho.) También.

JULIA. Dame el espejo. (Se mira.) Mira, no te rías nunca como yo, porque sale pata de gallo. (Muy seria, se pasa las puntas de los dedos por debajo de los ojos.) ¿Te has enfadado?

MARCE. ¿Contigo?... ¿Qué me miras? Estoy hecha una facha, ¿verdad?

JULIA. No. Levántate. Da media vuelta. Anda un poco. Más derechita. Tiesa, no. Así. (Se levanta y da unos cuantos pasos.) Apoyando bien el tacón en el suelo. Anda... ¡Ajajá! ¿Cuántas enaguas llevas, criatura?

MARCE. (Muy confusa.) Dos.

JULIA. Sobra una y media. Poquita tela y bien aprovechada: en el volante, toda la que quieras para hacer fru-fru; pero nada de frunces arriba. ¿No ves que hacen arrugas debajo de la falda y adiós línea? Aplástate un poquito. (Le

arruga la falda.) ¡Si tienes un cuerpo precioso! ¿No llevas corsé?

MARCE. No..., porque... dice Plinio que es antihigiénico.

JULIA. Plinio, ¿eh? Nos veremos. Tirate de esa blusa. Bájate el cuello. *(La arregla.)* El cuello alto es para las viejas. Ahuécate ese pelo. Súbete ese moño: el moño bajo es para las señoras... de cierta edad. Quita cinco años..., y la rayita a un lado, diez. Pero a ti todavía no te hacen falta matemáticas. ¡Quién fuera tú!

MARCE. ¿Suspiras?

JULIA. Pienso en que pronto me tendré que bajar el moño.

MARCE. ¡Tonta!

JULIA. *(Dándole unos toqucitos al peinado.)* Esto es. ¡Si pareces otra! Mírate ahora. ¿Te gustas, eh?

MARCE. Me gustas tú.

JULIA. ¡Hipócrita! Miren qué colorcitos le han salido llorando. Ya no falta más que una flor en el pelo. *(Va a cortar una.)*

MARCE. ¡Esa, no, por Dios; que la está estudiando Plinio!

JULIA. Me has asustado. *(Mirando a la flor.)*

MARCE. Es un ejemplar monstruoso.

JULIA. ¡Pobrecilla! Cortaremos otra.

MARCE. Esa tampoco, que está estudiando en ella el doctor Dalmau una degeneración de la clorofila.

JULIA. Hija, esto no es un jardín; es una clínica. Aquí las flores no son flores; son... casos. Después de todo, ¿qué importa? *(Corta una.)*

MARCE. ¿Qué has hecho?

JULIA. *(Prendiéndole la flor.)* Y ahora que estás hecha un pimpollo, ¿quién te gustaría que te viese?

MARCE. ¡Qué sé yo!

JULIA. ¡Lo sabré yo entonces! Bueno; lo sabemos las dos. ¿Te quiere mucho, eh?

MARCE. ¿Enrique?

- JULIA. *(Invitándola.)* ¿Enrique? Miren cómo le gusta oír sonar el nombre. ¿Enrique?
- MARCE. ¡No te burles!
- JULIA. ¡Burlarme! Si el amor es la cosa más seria del mundo.
- MARCE. ¿Verdad?
- JULIA. Verdad. *(Se ríen las dos.)*
- MARCE. Si que me quiere. Tanto, que algunas veces me da como remordimiento.
- JULIA. ¿De qué?
- MARCE. De no quererle como se merece. Me pongo a pensar, a pensar, si este cariño que le tengo será sólo por él o por el deseo de libertad, de vida, de aire nuevo. Paso más malos ratos discuriendo: este amor, ¿es amor o es egoísmo?
- JULIA. ¡Ave María purísima! En mi vida he oído cosa semejante. Tú estás loca. ¡Cuando se quiere, se quiere y se acabó!
- MARCE. Sí; pero...
- JULIA. No hay pero que valga. Déjame que te mire. Tú debes de ser un bicho raro. Primero lloras como un "bebé", porque se te antoja que no eres bonita, y luego sales hablando como un libro... de los que no se entienden. ¿Es que tú también eres sabia?
- MARCE. No lo soy; pero me ha costado mucho trabajo no serlo.
- JULIA. Mira quién viene por allí. *(Marcela mira al camino y luego se mira al espejito.)* ¡Grandísima coqueta!

ESCENA II

Dichas y Enrique.

- ENRIQ. *(Desde fuera.)* ¿Se puede entrar?
- JULIA. Adelante. *(Entra Enrique y mira a todos lados, fingiendo recelo.)*
- ENRIQ. ¿Hay... sabios en la costa?
- JULIA. No tenga usted cuidado. Donde estoy yo, no hay sabiduría que valga.

- ENRIQ. Buenas tardes.
 JULIA. Buenas tardes.
 MARCE. Buenas tardes. ¿Qué me miras? (*Julia y Marcela a un tiempo ríen a carcajadas.*)
 ENRIQ. ¿De qué se ríen ustedes?
 JULIA. De usted.
 ENRIQ. Gracias.
 MARCE. De la cara que has puesto.
 ENRIQ. ¿Yo he puesto una cara?...
 MARCE. Muy particular.
 ENRIQ. Porque tú la tienes hoy muy bonita.
 MARCE. ¿Hoy nada más?
 ENRIQ. Hoy más que nunca.
 JULIA. Pues ahí la tiene usted llorando como un sauce, porque dice que se encuentra fea.
 ENRIQ. (*A Marcela.*) Déjame que me ría.
 JULIA. Y porque tiene miedo de no quererle a usted bastante.
 ENRIQ. Eso ya es más grave. ¡Marcela!
 MARCE. No hagas caso.
 JULIA. Muy bien.
 ENRIQ. Marcela, dame ahora mismo una satisfacción. (*Quiere abrazarla.*)
 MARCE. No seas tonto.
 ENRIQ. ¡Yo que venía por esas calles arrepintiéndome de quererte demasiado!
 MARCE. ¿De veras?
 ENRIQ. ¡Chiquilla, una atrocidad! Una cosa estupenda, un cariño de a doscientos por hora... o por minuto, que en poniéndose uno a querer como yo te quiero, la vida es un soplo. Si fuera poeta haría versos: como soy... bueno, lo que soy, me contento con hacer dinero, que también suena a gloria cuando se sabe oír. ¿No te alegras?
 MARCE. Sí que me alegro.
 ENRIQ. ¡Y casi estás llorando!
 MARCE. Es porque te quiero.
 ENRIQ. ¿Estás segura?... ¿Poco?... ¿Mucho?... ¿Tanto como yo a ti?... ¡Déjame que te abrace, chiquilla!

- JULIA. *(Que está en la mecedora un poco apartada, se levanta.)* ¡Que está aquí la suegra!
- ENRIQ. *(Riéndose.)* Usted perdone.
- MARCE. ¡Julia! *(Le da un beso.)*
- JULIA. *(A Enrique.)* No era para mí. ¿Qué le vamos a hacer? *(Le alarga la mano y él se la aprieta.)*
- ENRIQ. ¡Es usted nuestra Providencia!
- JULIA. Casi, casi.
- MARCE. Del todo. No sabes cómo se ha puesto Plinio al enterarse de... que... nos queremos.
- ENRIQ. Envidia pura; porque lo que es a él, como no le quiera una momia...
- MARCE. No te rías, que está terrible.
- ENRIQ. Y tus padres, ¿qué dicen?
- MARCE. Mi madre dice que esto es una catástrofe. A mi padre, como es pesimista, no le sorprende.
- ENRIQ. ¡Pobre hombre!
- JULIA. ¿Le compadece usted?
- ENRIQ. ¿Le parece a usted poca lástima pasarse la vida entre Schopenhauer y doña Gertrudis?
- MARCE. ¡Enrique!
- ENRIQ. No frunzas el ceño, que ya te he dicho que estás hoy muy guapa. No sé qué te encuentro, pareces otra.
- MARCE. ¿Y por eso te gusto más? Gracias.
- JULIA. No dispute usted con Marcela, que es un filósofo tremendo.
- ENRIQ. ¡Marcela!
- MARCE. No te asustes. En cuanto estoy contigo se me olvida todo lo que sé.
- ENRIQ. Así me gusta. ¡Viva la vida!
- JULIA. ¡Viva!
- MARCE. ¡Viva!
- ENRIQ. ¡Mueran los libros!
- JULIA. ¡Silencio, que vienen!
- MARCE. Más vale que te vayas.
- ENRIQ. ¿Marcharme yo? ¡Huir ante el fantasma de Zaratustra! ¡Jamás!
- MARCE. ¡Estás loco!
- ENRIQ. ¡Por ti! *(Le coge las manos.)*
- JULIA. ¡Orden, niños, orden, que viene el ogro!

ESCENA III

Dichos y Plinio. Plinio entra haciéndose el distraído y todos le saludan con afectada cordialidad.

JULIA. Buenas tardes, Plinio.

ENRIQ. Buenas tardes, Plinio.

MARCE. Buenas tardes, Plinio.

PLINIO. (*Displícite. A Julia.*) Buenas tardes. (*A Enrique.*) ¡Ah! ¿Eres tú?

ENRIQ. ¿Te molesto?

PLINIO. Casi.

ENRIQ. Lo siento por ti.

PLINIO. No te durará mucho el sentimiento.

ENRIQ. Eso dependerá de lo que a ti te dure la molestia.

JULIA. Vamos, Plinio, no te pongas terrible, que estamos todos de muy buen humor.

PLINIO. ¡Ah! ¿Están ustedes de buen humor?...

JULIA. Excelente.

PLINIO. No veo el motivo.

JULIA. ¿Tú no estás nunca alegre sin motivo? Te compadezco, hijo, porque entonces no sabes lo que es alegría.

PLINIO. Usted en cambio lo sabe demasiado.

JULIA. Ya ves tú, en este mundo todos tenemos nuestra ciencia.

PLINIO. Prefiero la otra.

JULIA. La otra... ¿Es rubia o morena?

PLINIO. No la entiendo a usted.

JULIA. ¿Cuántos años tiene?

PLINIO. ¡Señora!

JULIA. ¡Caballero! ¡Ja, ja, ja! (*Mostrándole a Enrique que besa la mano a Marcela.*) ¡Aprende, hombre, aprende la primera lección!

PLINIO. (*Precipitándose sobre su hermana.*) ¡Marcela!

MARCE. (*Fingiéndose susto.*) ¡Jesús! ¡Qué susto me has dado! (*Todos se esfuerzan por contener la risa.*)

PLINIO. (*Furioso.*) ¿Pero es que se están ustedes burlando de mí?

JULIA. Ya te hemos dicho que estamos de muy buen humor.

PLINIO. Pues yo, no. ¡Ea!

JULIA. Pues haces muy mal, porque está una tarde hermosísima.

MARCE. ¡Maravillosa!

ENRIQ. ¡Estupenda!

JULIA. Hay un cielo azul que es una joya.

ENRIQ. ¡Una delicia!

MARCE. ¡Un encanto!

JULIA. ¡Corre un vientecito!...

ENRIQ. Un vientecito...

MARCE. Un vientecito...

PLINIO. (*Furioso.*) ¡Acabemos! ¡Ven acá, Marcela! (*Ella se acerca; él la mira fijamente.*) ¿Quién te ha dado permiso para cortar esa flor?

MARCE. (*Fingiendo susto.*) ¿Qué... flor?

PLINIO. Esa que llevas en el moño. (*Pausa, durante la cual Marcela sigue fingiendo apuro. Al cabo, Julia, como si tomase una resolución heroica, se adelanta.*)

JULIA. Mátame. La he cortado yo.

PLINIO. Pues ha hecho usted una hazaña.

JULIA. ¡De veras! (*Como asombrándose de su heroísmo.*)

PLINIO. ¡Sepa usted que esa flor es un ejemplar único de la familia de las solanáceas!

JULIA. ¡Pobre y desgraciada familia!

PLINIO. ¿Usted se figura que las flores se han hecho para eso?

JULIA. ¡Ay, sí! El mejor destino de una flor es alegrar una cara bonita.

PLINIO. ¿Usted cree?...

JULIA. No hay que darle vueltas.

ENRIQ. ¡Bravo!

PLINIO. Está bien. (*Da media vuelta.*)

MARCE. ¿Dónde vas? (*Plinio no contesta.*)

ENRIQ. No te enfades. (*Plinio sigue andando.*)

JULIA. (*Muy seria.*) ¡Plinio, haz el favor! (*Le hace señas de que se acerque.*)

PLINIO. (*De lejos.*) ¿Qué quiere usted?

- JULIA. Acércate, hombre. *(Plinio se acerca. Ella le mira largo rato haciendo gestos.)*
- PLINIO. *(Un poco desconcertado.)* Decía usted...
- JULIA. *(Muy de cerca.)* Que no te enfades, que todo ha sido por pasar el rato... ¡Ríete! *(Plinio está medio vencido, pero se rehace y dice desde todo lo alto de su sabiduría.)*
- PLINIO. No tengo ganas de reír. *(Se separa y va a mirar sus flores.)*
- JULIA. ¡Habrás visto!... *(Pausa.)* Riase usted, Enrique, porque si no, soy yo la que se va a echar a llorar. *(A Plinio.)* ¡Mamarracho! ¡Coleóptero!... ¡Sabio!... ¡Vámonos! *(Coge del brazo a Enrique y va a la derecha, que es la puerta de la casa, en el momento en que entran por el mismo lado don Tomás y doña Gertrudis.)*

ESCENA IV

Dichos, Don Tomás y Doña Gertrudis.

- GERT. Buenas tardes, Julia.
- JULIA. *(Sin detenerse.)* Buenas tardes.
- TOMAS. ¿Dónde vas tan de prisa?
- JULIA. No lo sé. Al aire libre, al río, a tomar un baño para quitarme de encima la polilla.
- TOMAS. Pero, ¿qué te ha pasado?
- JULIA. Pregúntaselo a Plinio, que tiene conocimientos más profundos. *(Sale arrastrando a Enrique. Marcela quiere seguirlos.)*

ESCENA V

Doña Gertrudis, Don Tomás, Marcela y Plinio.

- TOMAS. ¿Marcela?
- MARCE. Voy con Julia.
- PLINIO. ¡Quédate aquí!
- MARCE. ¿Lo mandas tú?
- PLINIO. Sí, yo.

- TOMAS. *(Suavemente.)* Quédate, hija mía, y explícanos lo que sucede.
- MARCE. Que lo explique Plinio.
- TOMAS. ¿Plinio?
- PLINIO. La explicación es corta. Desde que esa mujer...
- MARCE. ¿Quién es esa mujer?
- PLINIO. Desde que Julia ha entrado en esta casa, no se puede vivir.
- TOMAS. ¡Hombre, no tanto!
- PLINIO. ¡No se puede vivir! No hay una hora de tranquilidad. Todo lo revuelve, todo lo destruye...
- GERT. Es cierto. Ayer, para probar las tenacillas, quemó las tres primeras cuartillas de mi ensayo sobre el problema feminista en España.
- PLINIO. Y hoy ha cortado la más interesante de mis flores para ponérsela en el moño a esa niña.
- MARCE. ¿Quién es esa niña?
- PLINIO. Marcela, no me alteres los nervios.
- MARCE. Plinio, no seas tonto.
- PLINIO. Porque eso es lo peor del caso. Marcela, como ustedes han podido observar, está completamente perturbada...
- TOMAS. ¡Hombre, no tanto!
- PLINIO. Completamente perturbada por la influencia de Julia: no piensa más que en componerse, se riza el pelo, lee novelas...
- GERT. Leer novelas no es delito.
- PLINIO. Se pasa el día delante del espejo.
- TOMAS. Eso tampoco es culpa: es atavismo.
- PLINIO. Es usted demasiado optimista.
- TOMAS. Me ofendes, Plinio. *(Pausa solemne.)*
- MARCE. *(Acercándose tímidamente.)* Papá, ¿te has enfadado?
- TOMAS. ¿Es cierto lo que dice Plinio?
- MARCE. Sí, papaito... pero... alégrate... verás... si vamos a ser muy felices. ¡No digas que no!... ¡Mira, se puede ser pesimista y muy feliz! Claro que he cambiado... que me he perturbado, como dice Plinio... pero es para traer alegría a la casa...
- TOMAS. Hija, la vida es triste.

MARCE. Dice Julia que por eso tenemos nosotros el deber de alegrarla.

PLINIO. ¡Siempre Julia!

MARCE. ¡Como que es la única que dice algo nuevo!

GERT. Hija mía, creo que no son ideas las que te han faltado en esta casa.

MARCE. ¡Mamá!

GERT. (*Mirando atentamente a Marcela.*) Plinio tiene razón; estás muy cambiada.

TOMAS. En efecto...

MARCE. (*Con alegría.*) ¿De veras? ¿De veras muy cambiada? ¿Parezco más bonita?

TOMAS. Hija, yo poco entiendo de eso; pareces más mujer.

PLINIO. (*Despreciativo.*) Más mujer, ya lo oyes.

MARCE. ¡Más mujer! ¡Ay, qué gusto! Mirame, papaito. No te pongas serio. Si tú también me quieres a mí. ¿Te acuerdas anoche cuando entraste a mi cuarto a buscar un libro? ¡Creías que estaba dormida y me diste un beso. Me dió una alegría tan grande, que en cuanto te marchaste me puse a llorar como una simple!

TOMAS. (*Un poco desconcertado.*) Bueno... bueno... basta de tonterías. Estáis excitados. Tú, Plinio, ten paciencia; al cabo las mujeres son seres inferiores (perdón, Gertrudis) y le dan importancia a estas naderías sentimentales; movimientos reflejos y nada más. Tú, Marcela, cálmate y prepara todo lo necesario, porque, como sábado, de un momento a otro van a llegar nuestros amigos. Te recomiendo que te muestres amable con el doctor Dalmau...

MARCE. (*Interrumpiéndole.*) Papá, ¿no habíamos quedado en que íbamos a ser muy felices?

TOMAS. Tú lo has dicho.

MARCE. Es que con el doctor yo no lo puedo ser.

TOMAS. ¡Marcela, me alarmas!

PLINIO. Claro; tú, para ser feliz, necesitarás casarte con tu Enrique.

MARCE. ¡Justo, con mi Enrique!

TOMAS. ¿Qué es eso de Enrique?

- MARCE. Es... que... le quiero. (*A doña Gertrudis.*) Ya se lo he dicho a usted.
- GERT. Pero yo no he querido oírlo.
- MARCE. ¡Papa, le quiero!
- TOMAS. ¡Ilusiones, hijita, ilusiones de los pocos años!
- MARCE. Bueno, pues ilusiones; lo que ustedes quieran. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Para eso son los pocos años, para hacerse ilusiones y para alegrarse con ellas, y para no llevar vida de buhos, metidos entre el polvo de los libros viejos y de los corazones apollillados!
- GERT. Eso de buhos te lo habrá dicho también tu tiita.
- MARCE. También.
- PLINIO. ¡Niña boba!
- MARCE. ¡Niño prodigio!
- GERT. ¡Cállate, Marcela!
- MARCE. Ya me callo... y me voy.
- GERT. (*A don Tomás.*) ¡Ahí lo tienes! También, gracias a mi señora cuñada, que para distraer la ociosidad, se ocupa en proteger amorios románticos. Tú dirás si esto puede tolerarse.
- TOMAS. Yo no tengo la culpa de que haya venido. Tú la invitaste.
- GERT. ¿Quién se iba a figurar que la esposa de un autor dramático tendría la cabeza destornillada? ¡Y que hay que oír los dramas de mi hermano!
- PLINIO. No; hay que oírla a ella.

ESCENA VI

Dichos y el Doctor Dalmau.

- DALMA. (*Desde la verja.*) ¿Se puede entrar?
- GERT. Pase usted, doctor. (*Marcela al verle entrar se dirige hacia la puerta.*)
- DALMA. ¿Soy yo el que la hago a usted huir, Marcelita? (*Marcela no responde y sale.*)
- TOMAS. Buenas tardes, doctor.

DALMA. El recibimiento no es muy halagüeño.

GERT. No haga usted caso. Cosas de chiquilla.

DALMA. No tan chiquilla como a usted le parece.

GERT. ¿Va usted a formalizarse por una tontería?

DALMA. No se trata de eso. Quiero decir que Marcelita se desarrolla rapidísimamente, y que se está poniendo muy guapa.

PLINIO. ¡Si ahora va usted a preocuparse de la hermosura física!...

DALMA. No confundamos, Plinio; no es preocupación; al contrario. Pero, ya que el matrimonio se impone, convendrás conmigo en que ciertas obligaciones serán más agradables de cumplir dándose el caso de una mujer... digamos como el vulgo... de buena presencia. ¿No opina usted lo mismo, don Tomás?

TOMAS. Yo, en ese punto, amigo, carezco de experiencia personal.

GERT. ¿Qué dices?

TOMAS. Nada, Gertrudis, nada.

PLINIO. Está usted pervirtiéndose, doctor.

DALMA. ¿Y tu señora tía?

GERT. De eso hablábamos.

DALMA. También es guapa.

PLINIO. ¡Doctor!

DALMA. ¡No te alarmes! Soy monógamo por convencimiento y por higiene; pero tu señora tía es un caso de belleza equilibrada. Tiene ojos bien proporcionados, boca atractiva y unas líneas anatómicas que, francamente, desconciertan las teorías más castas. Está llamando la atención en el pueblo.

GERT. ¡Con sus extravagancias!

DALMA. Algo hay de eso también.

GERT. ¡Ay, doctor, compadézcanos usted!

DALMA. ¿No vuelve Marcelita?

TOMAS. ¡Marcela! ¡Marcela!

ESCENA VII

Dichos, Don Severo y el Canónigo.

SEVER. (*Desde la verja.*) ¿Se puede?

TOMAS. Adelante, señores.

CANON. ¿Estamos seguros?

TOMAS. ¿Cómo seguros?

CANON. Quiero decir, si están ustedes solos.

TOMAS. Hombre... Gertrudis, Plinio, el Doctor...

CANON, Bien, bien. Gente de paz. (*A Gertrudis.*) Ya usted me entiende.

GERT. ¡Ay! Sí.

SEVER. ¡Qué calor hace! Vengo sofocado. (*Se sienta en la mecedora.*) Un abanico. ¡Hombre, qué bien huele!

CANON. A tentación, don Severo, créame usted a mí. Esos olores de ámbar y rosas son añagazas del demonio para pescar incautos.

PLINIO. Aquí no creemos en el demonio.

CANON. Pues hacen ustedes muy mal, sobre todo teniendo en casa y en la más peligrosa de sus formas. En forma de mujer. ¿No nos oye?

GERT. No, señor. Ha salido.

SEVER. Si la acabamos de encontrar en la plaza... con ese joven de los automóviles.

PLINIO. ¡Un escándalo!

CANON. Un verdadero escándalo. Mal está que yo haya reparado en ello, ¡pero se recoge la falda de un modo!...

SEVER. ¡Lleva medias caladas!

CANON. ¡Don Severo!

SEVER. Digo que lleva medias caladas.

GERT. ¡No sé dónde vamos a llegar!

ESCENA VIII

Dichos, Don Gumersindo y Don Pascual.

PASCU. ¡Dios guarde a ustedes!

GUMER. ¡Salud a los colegas y a las damas!

TOMAS. Buenas tardes, señores.

- TODOS. Buenas tardes.
- GUMER. ¡Vengo sofocado!
- SEVER. Hombre, ¿también usted?
- TOMAS. Pues ya va cayendo la tarde.
- GUMER. Si no es el calor el que me sofoca. Es... no sé si debo...
- CANON. Dígalo usted... colega... Es la mujer.
- PASCU. ¡Muy bien, muy bien!
- GUMER. ¡Hombre! ¡Así, la mujer, en general!...
- SEVER. De sobra sabemos a cuál quiere usted referirse.
- GERT. ¡Ay, sí!
- GUMER. Por ahí nos la hemos encontrado con una sombrilla colorada, que es una verdadera provocación.
- PASCU. ¡Justo! Una provocación... Nos ha saludado muy amable; porque amable lo es.
- CANON. También lo era el ángel rebelde.
- PASCU. Y nos ha dicho que iba a bañarse al río.
- GUMER. ¡Al río! Eso es lo que me saca a mí de quicio. ¡A bañarse al río!
- DALMA. El baño es una práctica de higiene que no tiene nada reprochable.
- GUMER. Pero es que uno tiene sus aficiones, sus costumbres de toda la vida. Yo, por ejemplo, desde hace treinta años acostumbro a sestar en la espesura a orillas del río.
- SEVER. ¿Leyendo a Horacio?
- GUMER. Leyéndome a mí mismo. Es decir, meditando. Y desde que esa señora ha dado en la gracia de irse a bañar al río en las horas de siesta...
- SEVER. ¡Adiós meditación!
- PLINIO. ¡Me dan ustedes lástima! (*Todos le miran con asombro.*) Sí, lástima. Luego hablan de la fortaleza de la edad madura, de la serenidad, de la experiencia. Veintitrés años tengo, vivo hace una semana bajo el mismo techo que esa mujer, y aquí me tienen ustedes.
- SEVER. También a nosotros nos tienes aquí.
- PLINIO. ¡Vergüenza da pensar que tenga yo que dar en esta reunión ejemplo de fortaleza!

- CANON. Plinio, torres más altas han caído.
- PLINIO. Darle tanta importancia a una mujer, cuando todos sabemos lo que es eso.
- TOMAS. Yo no lo sé.
- PLINIO. Un ser incompleto; un sistema nervioso con piel color de rosa.
- TOMAS. ¡Pero qué piel más fatal!
- GERT. ¡Señor, señor! Esta casa, que ha sido siempre un oasis de paz y concordia; Julia ha venido a destruirlo todo.
- GUMER. Es cierto; su influencia se deja sentir en toda la ciudad. Todos los socios del Casino están locos por ella.
- SEVER. La siguen por la calle.
- GUMER. Sí; hasta hombres de edad, que hacía más de cuatro años que no habían salido de casa.
- GERT. ¿Y las mujeres? Por hacer como ella, todas van por la calle vestidas de claro.
- CANON. Hasta a la Catedral se han atrevido a entrar con esos atavíos; y han tomado el claustro por asalto.
- GERT. ¿Tú que dices a esto?
- TOMAS. Repito que tú tienes la culpa de que haya venido. Dile que se vaya.
- GERT. ¡Yo!
- TOMAS. Con buenas palabras.
- GERT. No puede ser. Es la mujer de mi hermano.
- TOMAS. Inconvenientes de la familia.
- PLINIO. Sí; la familia es una institución llamada a desaparecer (*Mirando al Canónigo.*), como otras muchas.
- CANON. ¿Qué quieres decir con eso?
- GERT. ¡Por favor, Plinio! ¡Por Dios, señor Magistrall! ¡No se alteren ustedes. Señor, Señor! (*Pausa.*) El caso es que hay que decirle algo; pero ¿quién se lo dice?
- CANON. Aquí, el joven de la fortaleza.
- PLINIO. Pues sí, señor. Se lo diré.
- TOMAS. Plinio, hijo mío, estás muy excitado, y el verdadero filósofo nunca pierde el dominio de sí mismo.

PLINIO. Le aseguro a usted que estoy completamente sereno, y que diré lo que tenga que decir.

PASCU. ¡Muy bien, muy bien!

GERT. ¡El Señor nos ampare!

CANON. ¿Qué sucede?

GERT. ¡Que viene!

PLINIO. ¡Me alegro!

GERT. ¡Pero no viene sola!

ESCENA IX

Dichos, Julia, Señoritas 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª Después Marcela. Entran Julia y las señoritas con grandísima algazara.

JULIA. Adelante, adelante. Pasen ustedes. Marcela, Marcela. (*A los sabios.*) Buenas tardes, señores. (*A doña Gertrudis.*) ¿Dónde está Marcela?

GERT. No lo sé.

MARCE. (*Bajando apresuradamente.*) Aquí estoy.

JULIA. ¿Dónde te has metido? Iba a tomar un baño (*Don Gumersindo se estremece.*), pero en el camino me he encontrado a estas niñas y no me han dejado seguir. Figúrate que vienen a pedirme un consejo para su función de hijas de María. Quieren poner un altar precioso.

SEÑ. 1.ª Y como usted tiene tan buen gusto...

TODAS. Eso es, eso es.

JULIA. Tenemos que buscar una porción de cosas: yo debo de tener unos pedazos de seda. Nos llevaremos unos cuantos tiestos, con permiso de Plinio. Son para la Virgen. (*Todas hacen ruido y palmotean.*) ¡Ay, señor Magistral, le vamos a tomar a usted por asalto la sacristía!

CANON. ¿No tienen ustedes bastante con el claustro?

JULIA. Quéjese usted y estamos en camino de santidad.

GERT. ¿Qué es esto?

ESCENA X

Dichos y una Comisión de Muchachos.

- JOV. 1.º ¿Se puede entrar?
 JOV. 2.º ¿Se puede?
 TODOS. ¿Se puede? Buenas tardes, señores.
 JOV. 1.º Ustedes dispensen. ¿Está doña Julia?
 GERT. No lo sé.
 JULIA. Aquí estoy, aquí estoy. ¿Qué ocurre?
 JOV. 1.º Señora...
 JOV. 2.º Señora, venimos a ver a usted en Comisión.
 JULIA. ¿Y puede saberse a qué debo el honor?...
 JOV. 1.º Es muy sencillo. La juventud de Vilatriste, entendiéndolo como debe la honra que usted nos hace con su permanencia aquí...
 JULIA. Bueno, discursos, no.
 JOV. 2.º Pues sin discursos, los socios del Casino hemos acordado dar un baile para tener el gusto de bailar con usted.
 JULIA. Así me gusta.
 JOV. 3.º Y venimos a pedirle dos cosas: primera, que fije usted el día.
 JULIA. ¿El día? Dificilillo va a ser... El martes, ¿les parece a ustedes el martes?
 JOV. 4.º Día aciago.
 JULIA. Bailando no se nota.
 JOV. 1.º Muy bien dicho.
 TODOS. ¡Bravo, bravo!
 JULIA. Pues el martes.
 JOV. 3.º Y ahora la segunda parte. Queremos organizar un cotillón.
 JULIA. Un cotillón... ¡Magnífico!
 JOV. 2.º Y queremos que usted, que estará más acos-tumbrada, si no le molesta, nos dé alguna idea para las figuras...
 JULIA. ¿Las figuras? ¡Ah! Sí. Me parece que tengo un periódico inglés con unas muy bonitas y muy nuevas. ¿Usted es el presidente del Casino, verdad, don Gumersindo?

GUMER. Sí, señora; honorario.

JULIA. Buena revolución vamos a armarle a usted. Por supuesto, que el cofillón de honor lo baila usted conmigo.

GUMER. ¡Señora, yo!

JULIA. Quéjese usted, después que va usted a ser el rey de la fiesta. (*Entretanto se han formado grupos. Marcela con Enrique y los muchachos con las muchachas.*)

PASCU. Muy bien, muy bien.

DALMA. Muchachas saludables.

PASCU. Hay espectáculos que alegran las canas, ¿eh, don Severo?

SEVER. ¿Quiere usted callarse?

CANON. Tiene el diablo en el cuerpo.

GERT. Hay que tomar una resolución.

CANON. ¡A la brecha, Plinio!

PLINIO. Dispuesto estoy.

TOMAS. ¡Hijo, ten prudencia!

SEVER. (*Confidencial a don Gumersindo.*) ¡También las otras llevan medias caladas!

GUMER. ¡Don Severo!

CANON. ¡Es un escándalo! ¡un verdadero escándalo! (*Se separan unos de otros y pasean por la escena con gran agitación. Unos hacen gestos de indignación. Don Pascual, de mal disimulado regocijo. Dalmau y don Severo tienen expresión ambigua, como si quisieran alegrarse y no se atrevieran. Don Tomás, de tristeza resignada. Plinio, de orador satisfecho de sí mismo.*)

JULIA. Quedamos en eso.

TODAS. Gracias, gracias.

SEN. 1.º Es usted muy amable.

JULIA. Nada de eso.

JOV. 2.º Se hará todo lo que usted quiera. Votaremos un crédito extraordinario.

JULIA. ¿Y si les arruino a ustedes?

JOV. 3.º Usted se lo merece todo.

TODOS. Todo, todo.

JULIA. Así me gusta a mí la gente: entusiasta.

SEÑ. 1.ª Con permiso de ustedes, nos retiramos.

JOV. 1.ª Y nosotros también. Hasta luego.

JULIA. Hasta mañana, niñas. Hasta luego, señores.

JOV. 3.ª Que la esperamos a usted de seguro.

JULIA. No faltaba más. ¡Adiós, adiós, adiós!

TODAS. Adiós, Marcelita.

TODOS. Señores, buenas tardes.

TODAS. Adiós, doña Gertrudis y la compañía.

JULIA. Qué niñas tan simpáticas, ¿verdad, Gertrudis?

GERT. Mucho. Vamos, Marcela. *(Sale con Marcela y el Doctor la sigue, no sin mirar antes a Julia con aire entre curioso y galante. Julia hace un gesto entre asombrado y risueño.)*

JULIA. ¡Y qué galantes los muchachos! Ya puede usted estar orgulloso de los socios de su casino, don Gumersindo.

GUMER. Mucho. *(Sale seguido del Canónigo, que mira a Julia como al demonio.)*

JULIA. Pero, ¿qué le pasa a esta gente, don Severo? ¿También usted se marcha?

SEVER. También, señora.

JULIA. ¿Y usted, don Pascual?

PASCU. También, señora.

JULIA. ¿Y tú, Tomás? *(Don Tomás se aleja resignado.)* Por lo visto, esto es una conjura. *(Los mira marchar a todos: se asombra; se pone muy seria; después se sonríe y mira en derredor hasta que ve a Plinio.)*

ESCENA XI

Julia y Plinio.

JULIA. ¿No te vas tú también?

PLINIO. No, me quedo.

JULIA. Me alegro; así me explicarás por qué se han marchado los otros.

PLINIO. Cuando usted guste.

JULIA. ¡Luego hay una explicación! *(Pausa.)* Habla.

(Pausa.) Vamos, lo tendré que decir yo. ¡Me tienen miedo! ¡ja, ja, ja!

PLINIO. No se ría usted.

JULIA. ¿El caso no es de risa?

PLINIO. No, señora.

JULIA. Pues lo siento tanto. (Pausa: se sienta en la mecedora y mirándole muy gravemente parece esperar lo que él ha de decir, pero cuando se dispone a comenzar el discurso, se le adelanta.)

PLINIO. Señora...

JULIA. Conque miedo, ¿eh?

PLINIO. Cuando usted lo dice...

JULIA. ¿Y tú no tiembles?

PLINIO. No creo que haya motivo para temblar.

JULIA. Así me gusta. ¡Dame la mano! Hijo, tú te lo pierdes. (Pausa. Se mece mirándole a hurtadillas: él duda un momento; luego se decide a volver a empezar el discurso; ella le interrumpe inmediatamente.)

PLINIO. Señora...

JULIA. ¿Conque miedo, eh?

PLINIO. No, señora.

JULIA. Respeto, vamos.

PLINIO. ¡Tampoco!

JULIA. ¡Ah... tampoco! ¡Digo si son galantes los sabios!

PLINIO. Aquí no se trata de galantería.

JULIA. Pues mira, es lástima.

PLINIO. ¿Por qué?

JULIA. Porque se trata de mi.

PLINIO. ¡Ah!

JULIA. De mí... que soy mujer.

PLINIO. Señora: ante la serenidad de lo intelectual, la cuestión de sexo no significa nada.

JULIA. También es lástima.

PLINIO. A usted por lo visto le da lástima todo.

JULIA. ¿No ves que si no me va a dar risa?

PLINIO. Con usted no se puede hablar...

JULIA. Eres el primer hombre que me lo dice.

PLINIO. Y usted la primera mujer...

JULIA. (Acercándose.) Que te ha mirado cara a cara.

No te asustes, que no tengo mirar de basilisco.

- PLINIO. ¡Haga usted el favor de no acercarse!
- JULIA. ¡Ja, ja, ja! (*Vuelve a sentarse en la mecedora, a mecerse. Pausa. Plinio se acerca un poco.*) Conque miedo, ¿eh? (*Plinio, ya furioso, va al fondo del jardín.*) ¿Te has enfadado? No vale la pena. Acércate. Siéntate en esa silla. Vamos a hablar en serio. Te prometo que en serio. (*Plinio se sienta.*) ¡Ajajá! Ya comprendo yo... el disgusto tan grande que causa tener un discurso preparadito y no poderlo pronunciar. No te levantes. Porque tú traías un discurso preparado, no me lo niegues. Te lo he conocido en el ceño y en el estirarte los puños de la camisa: ése es un gesto muy oratorio. Te he hecho rabiar un poco. Perdóname. En cambio ahora soy toda oídos. Empieza. (*Pausa.*) Empieza, hombre; si no me enfado... ni me sorprendo. (*Pausa.*) ¿Quieres que empiece yo? ¡Ejem! ¡ejem! Capítulo de cargos... ¿Voy bien?
- PLINIO. Sí, señora. Capítulo de cargos.
- JULIA. Si me sé yo el discurso de memoria. Pero pronúnciale, que me gustará oírte, siquiera para estar segura de que no me equivoco.
- PLINIO. (*Un poco desconcertado.*) Señora, yo...
- JULIA. En primer lugar, no me llames señora: me llamo Julia. No te dé vergüenza: si aunque soy tu tía... política, no te llevo más que cinco años. Julia; di Julia.
- PLINIO. Julia.
- JULIA. Con un poquito más de calor.
- PLINIO. Julia.
- JULIA. ¡Qué raro suena dicho por tí! No parece mi nombre, ¿verdad?
- PLINIO. Verdad.
- JULIA. Además eres el único de la familia que me dice de usted. Háblame de tú.
- PLINIO. Eso nunca.
- JULIA. Como quieras. Ea, ya estamos serios. Dime

eso que me tienes que decir. (*Le mira muy atenta como una criatura.*)

PLINIO. Esta era una casa tranquila.

JULIA. Ya, ya.

PLINIO. Sería.

JULIA. Demasiado.

PLINIO. En la cual el tiempo estaba repartido entre el estudio...

JULIA. Y el aburrimiento.

PLINIO. No, señora.

JULIA. Julia.

PLINIO. Julia.

JULIA. Eso es. Sigue.

PLINIO. ¿Para qué?

JULIA. ¿Ya te has desanimado?

PLINIO. Es que comprendo que sería inútil todo lo que dijese.

JULIA. ¿Por qué?

PLINIO. Somos de un mundo muy distinto.

JULIA. En eso sí que tienes razón. Y ya que tú renuncias a tu discursito, pronunciaré yo el mío. Eres un chiquillo... Sí, ya lo sé, veintitrés años, pero veintitrés años conservados en ciencia, como en almibar. Vives... de teorías, y eso no puede ser. En el mundo hay que vivir de vida... es decir, ¡no te asustes! de amor. Si tú también estás enamorado; porque de los veinte a los treinta (mi experiencia no va más allá) no hay vida sin... eso. Estás enamorado de tus teorías; pero tienen la cara fea y el corazón seco.

PLINIO. Me bastan.

JULIA. Enhorabuena, entonces. Vive feliz. Los conejos de Indias en el laboratorio, puede que sean una ilusión como otra cualquiera; consévala; pero no te metas a destruir ilusiones ajenas, ni a censurar en nadie el amor que no sientes ni la alegría que no conoces.

PLINIO. ¿Habla usted por Marcela?

JULIA. Por Marcela y por mí y por todo el mundo. ¿Con qué derecho vas a decirle a ella: "no

quieras", ni a mí: "no te rías", si a ella el cariño y a mí la alegría nos hacen tan felices como a ti la Historia Natural? Eso suponiendo que tú seas feliz.

PLINIO. No necesito fantasmas para serlo.

JULIA. ¿Fantasmas?

PLINIO. O mentiras.

JULIA. ¡Mira que hay mentiras que tienen una cara!...

PLINIO. No me hable usted de amor.

JULIA. Ahora eres tú el primero que le nombras.

PLINIO. Pero que no quiero nada con él.

JULIA. Pues pierdes la vida miserablemente.

PLINIO. La gano para la ciencia.

JULIA. ¿Para la ciencia?

PLINIO. Para la Humanidad, si a usted le parece mejor. Inventaré, descubriré...

JULIA. ¿Un suero contra las ilusiones?

PLINIO. O contra lo que sea.

JULIA. Y después de muerto te levantarán una estatua, ¿verdad?

PLINIO. ¿Por qué no?

JULIA. Y te servirá de bastante, si mientras vivías nadie te dió un abrazo.

PLINIO. Siempre viene usted a parar a lo mismo.

JULIA. ¡Qué remedio, hijo! La tierra es redonda. (Pausa.) Chiquillo, chiquillo: mírame. Estás en lo mejor de la vida; no la eches a perder para siempre; abre los ojos; mira tus veinte años que pasan cantando: no los dejes marchar, porque no vuelven. Alégrate; haz una locura, siquiera una locura chiquitita. ¡Sé feliz, por los clavos de Cristo!

PLINIO. Lo soy.

JULIA. Me alegro... pero...

PLINIO. Lo soy.

JULIA. Pero lo dudo. Cuando te despiertas por la mañana y ves la luz que entra por las rendijas te da un salto el corazón pensando: "un día más, un día que voy a vivir", y te tiras de la cama cantando y dispuesto a reírte con los primeros ojos que te encuentres. ¿Le has dado

algún día un abrazo a tu madre con tanta alegría de cariño que casi te haya hecho llorar? ¿Has oído pasar por la calle una murga, y has cogido a tu hermana, y te has puesto a bailar con ella, y os habéis reído como locos sin motivo ni fundamento? ¿Has visto una noche a tu padre sentado a la mesa, leyendo sus libretos, como cansado, y no te ha entrado de repente un calor en el corazón y has ido a darle un beso o a ponerle la mano sobre el hombro sin pronunciar palabra, pero como diciendo: "padre, que estoy aquí"? ¿No has cogido nunca un libro de versos a la hora de la siesta? ¿No has tenido en las noches de agosto una novia, rubia o morena, fea o bonita, que te haya dicho: "¿Me quieres, Plinio"? ¡Entonces, no digas que sabes lo que es ser feliz!

PLINIO. ¿Usted duda de que yo lo sea?

JULIA. Y me parece que empiezas a dudarlo tú.

PLINIO. Eso nunca.

JULIA. Más vale así. *(Pausa.)* Chico, qué serios nos hemos puesto. *(Pausa.)* Esto no puede seguir así. ¿No dices nada? ¿En qué estás pensando? Plinio, Plinio. ¿Te marchas? ¿Hacemos las paces?

PLINIO. Como usted quiera.

JULIA. Como usted quiera. Cuando se hacen las paces hay que sonreír. ¡Ajajá! ¿Prometes que serás niño bueno de aquí en adelante? ¿Que cuando oigas reír no fruncirás el ceño? ¿Que te reirás tú también de cuándo en cuándo? ¿Que te enamorarás antes de una semana? El que calla otorga. Mirame, hombre, y no te ruborices; de los arrepentidos quiere Dios.

ESCENA XII

Dichos y el Doctor Dalmau. El Doctor se asoma con precaución y mira a todas partes.

JULIA. *(Al Doctor.)* Acérquese usted, que no muerdo. ¿Viene usted a ver qué ha sido de Plinio? Aquí le tiene usted sano y salvo. No es tan fiero el león como le pintan, ¿verdad?

DALMA. Señora, yo...

ESCENA XIII

Dichos y Don Tomás, que baja como a regañadientes.

JULIA. ¿Otro? ¡Ah! ¿Eres tú que vienes de refuerzo? Y usted, y usted... y ustedes... Pues, amigos, llegan ustedes tarde.

SEVER. ¿Qué?

PASCU. ¿Qué?

GERT. ¿Qué dice?

DALMA. Plinio se rinde.

SEVER. ¿Que Plinio se rinde?

GERT. ¿Que te rindes?

CANON. No me sorprende.

GERT. ¿Es eso verdad, hijo?

PLINIO. Madre, no lo sé.

GERT. Pero tú, ¿qué le has dicho?

PLINIO. No le he dicho nada.

SEVER. Entonces, ¿qué ha pasado?

GUMER. ¿Qué ha pasado?

PLINIO. ¡Déjenme ustedes en paz! *(Sale.)*

GERT. Plinio, Plinio. Pero ustedes, ¿qué hacen que no la combaten?

SEVER. Señora, yo...

GUMER. Yo, francamente...

PASCU. Señora, yo...

JULIA. ¡Ja, ja, ja!

GERT. ¡Ay, Dios mío! Estos sabios ya no son sabios, son hombres.

TELÓN

ACTO TERCERO

En misma decoración del acto primero.

ESCENA I

Julia, Marcela, Jóvenes 1.º, 2.º y 3.º Al levantarse el telón Julia acaba de decir algo y hay un silencio, durante el cual los Jóvenes se miran unos a otros, como aterrados; al fin el Joven 1.º rompe a hablar.

JOV. 1.º ¿Dice usted que hoy mismo?

JULIA. Hoy mismo.

JOV. 2.º ¿Que se marcha usted esta misma tarde?

JOV. 3.º Señora, eso no puede ser.

JOV. 1.º No puede ser.

JOV. 2.º No puede ser.

JULIA. ¿Qué le haremos? Mi marido...

JOV. 1.º ¡Feliz mortal!

JULIA. Me llama. Y creo que está en su perfecto derecho.

JOV. 3.º ¡Ay!

JOV. 2.º ¡Ay!

JOV. 1.º ¡Ay! ¿De modo que el baile, nuestro segundo baile?...

JULIA. Le bailarán ustedes muy alegres, acordándose de mí... al cotillón, por ejemplo.

JOV. 1.º Señora, no sé si le bailaremos o no le bailaremos; pero lo que sí puedo asegurarle es que no necesitamos cotillones para acordarnos de usted.

JULIA. Muchas gracias.

JOV. 2.º (*Sacando un cuadernito.*) ¿Qué ha dicho usted?

JULIA. Que muchas gracias.

JOV. 2.º (*Apuntando.*) Gracias.

JOV. 1.º No es lisonja, señora; es pura justicia. Somos jóvenes, pero entusiastas... En cuanto llegó usted, en cuanto la vimos, quedamos todos

prendados de su... de... de usted, ¿por qué no decirlo?

JULIA. ¿Todos?

JOV. 3.º Sí, todos.

JOV. 2.º ¡Y más que hubiera habido!

JOV. 1.º Prendados en corporación.

JULIA. ¡Nunca me lo hubiese figurado!

JOV. 1.º Ni nosotros tampoco; pero... ya ve usted... el pueblo... usted... nosotros... en fin, ¡que Dios le pague a usted el bien que nos ha hecho!

JULIA. ¿Yo... a ustedes?

JOV. 3.º A nosotros en general y a los tres en particular.

JOV. 1.º Ha transformado usted nuestra vida con su presencia.

JOV. 3.º Con su hermosa presencia.

JULIA. ¡Jesús! Eso ya es adularme.

JOV. 2.º (*Apuntando.*) ¿Ha dicho usted adularme?

JULIA. Adularme.

JOV. 2.º Gracias.

JOV. 1.º No, señora, no. Nos ha traído usted alegría, animación, vida.

JULIA. Me dejan ustedes confusa.

JOV. 2.º ¿Cómo ha dicho usted?

JULIA. Que me dejan ustedes confusa.

JOV. 2.º (*Apunta.*) Confusa... Gracias.

JULIA. Pero, ¿qué hace usted, hombre?

JOV. 2.º Nada... usted perdone... apunto sus palabras.

JULIA. ¿Es usted periodista?

JOV. 2.º Para servirla.

JULIA. Me asusta usted.

JOV. 2.º No hay de qué, señora. Estas notas no son para el público: las tomo...

JOV. 1.º Las tomamos...

JOV. 2.º Para guardar un recuerdo de usted.

JULIA. ¡Ah!

JOV. 1.º Y a propósito de recuerdo; no... nosotros traíamos una pretensión.

JOV. 3.º Un atrevimiento.

JOV. 2.º Mejor dicho, tres atrevimientos.

- JULIA. ¡Por Dios, no se atrevan ustedes tanto!
- JOV. 1.º No podemos menos de atrevernos.
- JULIA. Ea... pues ustedes dirán.
- JOV. 1.º Quisiéramos, usted perdone, que nos firmase usted tres postales.
- JOV. 3.º Eso es, tres postales.
- JULIA. ¡Tres!
- JOV. 2.º Una a cada uno.
- JULIA. ¡Ja, ja!
- MARCE. ¡Ja, ja! Sí que son ustedes atrevidos.
- JOV. 3.º No se ría usted, señora, que lo decimos en serio. Nada más que su letra finísima... (porque la debe usted tener finísima...) No hacen falta pensamientos sublimes.
- JOV. 2.º Su firma de usted ya es sublime.
- JULIA. ¿Y qué van ustedes a hacer con mi firma?
- JOV. 1.º Primero enseñársela a todo el mundo.
- JULIA. No me parece mal.
- JOV. 1.º Después la pondremos en un marco, y será un recuerdo que miraremos cuando seamos viejos, como dulce memoria de juventud.
- JOV. 3.º Eso es.
- JOV. 2.º Eso es.
- JULIA. Si con tan poco puedo complacerles...
- JOV. 1.º ¿Accede usted?
- JULIA. Denme las tarjetas y las firmaré. (*Se sienta a firmarlas.*)
- JOV. 3.º ¡Qué mujer!
- JOV. 2.º ¡Qué línea!
- JOV. 1.º ¡Qué aire para firmar!
- JOV. 2.º ¡Es usted un ángel!
- JOV. 3.º ¡Una diosa!
- JOV. 1.º ¡Estamos conmovidos!
- JULIA. ¿En corporación?
- JOV. 1.º En corporación y uno a uno.
- JOV. 2.º Gracias.
- JOV. 3.º Mil gracias.
- JOV. 1.º Si alguna vez necesita usted un hombre que se deje matar por usted, aquí tiene tres víctimas a punto. Tres vidas disponibles. (*Salen.*)

ESCENA II

Julia y Marcelo.

JULIA. *(Riéndose suavemente.)* ¡Pobres muchachos!
(Pausa.) v

MARCE. No te rías, que tienen razón. Te vas, te vas... ¿por qué te vas? Ahora que los tienes a los dos embobados... a don Gumersindo, a don Severo, a mi padre, a Plinio...

JULIA. No me digas eso.

MARCE. ¿Te molesta oírlo?

JULIA. Me da un poquito de remordimiento. Si, ahora soy yo la de las filosofías. Todo se pega, como tú dices.

MARCE. Remordimiento... y has traído la alegría a esta casa.

JULIA. Más vale creer que ha sido la alegría.

MARCE. Claro que sí.

JULIA. Pregúntaselo a tu madre.

MARCE. No hagas caso a mamá; los disgustos le hacen poca impresión. Y en cambio los demás, empezando por mí... ¿Cómo te pagaré lo que has hecho? Mi padre hace una semana que ni siquiera nombra al doctor. Plinio me ha visto esta mañana hablando por la reja con Enrique, y en lugar de enfadarse, me ha dado un abrazo. ¿Te ríes? ¡Gracias a Dios! No sé qué me da verte con la cara seria. ¡Si todos estamos tan contentos! No te vayas.

JULIA. Por lo mismo que estáis tan contentos, ya no me queda nada que hacer aquí.

MARCE. Estás preocupada.

JULIA. No, no.

MARCE. Cuando estés en Madrid, entre tus gentes, con toda la alegría que debe haber siempre en tu casa, acuérdate de mí; ¿me lo prometes?

JULIA. Te lo prometo; pero no te hará falta.

MARCE. ¿Por qué no me hará falta?

JULIA. Pregúntaselo a Enrique.

MARCE. ¿Enrique?

ESCENA III

Dichos y Enrique.

- ENRIQ. *(Desde la reja.)* Buenas tardes... y adiós.
 MARCE. ¿Te marchas?
 JULIA. ¿No pasa usted?
 ENRIQ. No puedo; voy de prisa. Tengo entre manos un negocio estupendo. Si me sale bien, te vengo a buscar esta misma noche. Parece que están ustedes tristes.
 MARCE. Es que se marcha Julia esta noche.
 ENRIQ. ¿Cómo se entiende? ¿Sin dejarnos casados?
 JULIA. No se apure usted. Antes de marcharme arreglaremos el asunto definitivamente.
 ENRIQ. ¿A qué hora sale el tren? ¿A las siete? Voy y vuelvo al instante a decirle a usted adiós. ¡Ah! Prepárense ustedes a recibir visita.
 JULIA. ¿Visita? ¿Quién?
 ENRIQ. Don Gumersindo, don Severo, el Doctor.
 MARCE. Es verdad, que hoy es sábado.
 ENRIQ. Vienen hechos tres brazos de mar; los he visto en la plaza. Por allí llegan dos. Divertirse; hasta ahora. *(Sale.)*
 MARCE. Adiós. Que vuelvas pronto.
 JULIA. Buena suerte.
 MARCE. ¡Qué modo de correr!
 JULIA. ¡Como que va a buscarte!
 MARCE. ¿Qué va a decir mi padre?
 JULIA. Que sí.
 MARCE. ¿Y mi madre? ¡Julia!
 JULIA. ¡Marcela!
 MARCE. ¡Qué contenta estoy! *(La abraza muy conmovida.)*

ESCENA IV

Marcela, Julia, Don Gumersindo, Don Severo. Después Don Pascual.

- GUMER. ¿Se puede entrar?
 JULIA. Adelante,

- SEVER. Señora... Marcelita.
 JULIA. Muy puntuales son ustedes hoy. Aún no es hora de empezar la lectura.
 SEVER. Nos hemos adelantado un poco por usted.
 GUMER. Justo... por usted.
 JULIA. ¿Por mí?
 GUMER. Queríamos charlar un ratito.
 SEVER. Yo le traigo a usted un pequeño obsequio. (*Le da dos grandes volúmenes en rústica.*)
 MARCE. ¡Pequeño!
 SEVER. Mi obra capital sobre la influencia de las Cruzadas.
 JULIA. ¿A qué debo el honor?
 SEVER. Primero a sus relevantes prendas morales... y después a su belleza plástica.
 GUMER. ¡Justo! A su belleza plástica.
 JULIA. ¡Por Dios, señores!
 SEVER. Desde Friné hasta nuestros días no creo que haya habido ejemplar de... señora... tan escultural como usted... ¡Ay!
 GUMER. ¡Ay! Tan turbadoramente escultural...
 JULIA. Ustedes me confunden.
 SEVER. Señora, los confundidos... los confusos... somos nosotros. (*Pausa.*)
 JULIA. Están ustedes muy elegantes.
 SEVER. ¡Psch!
 GUMER. ¡Bah!
 SEVER. ¡Poca cosa!
 GUMER. ¿Usted cree?...
 JULIA. Claro que sí. ¿Verdad, Marcela?
 MARCE. ¡Elegantísimos!
 SEVER. ¡Ay, señora, todo es obra de usted!
 GUMER. Justo: de usted.
 JULIA. ¡Mía!
 SEVER. Usted ha traído a esta población una influencia estética que recordaremos por muchos años.
 JULIA. Por muchos no será.
 SEVER. Sí, señora; por muchos.
 GUMER. Por muchos.
 SEVER. Usted ha venido a despertar en el fondo de

nuestras... de nuestros... en fin... sensaciones desconocidas... ha transformado usted nuestras costumbres... nos ha descubierto nuevos horizontes, que, ¡ay!, no podíamos sospechar.

GUMER. ¡Ay, no!

JULIA. Lo siento.

SEVER. No lo sienta usted. Al contrario. ¡Si nos parecen muy bien los horizontes!

GUMER. Nos han rejuvenecido.

SEVER. Enternecido.

MARCE. ¡El veranillo de San Martín!

PASCU. *(Entrando.)* ¡Muy bien! ¡Muy bien! *(Don Gumersindo y don Severo se vuelven a mirarle, contrariados.)*

SEVER. Muy bien, ¿qué?

GUMER. ¿Qué trae usted por aquí?

PASCU. Vengo a escuchar, como todos los días.

SEVER. Todavía no ha empezado la sesión.

PASCU. No importa... sigan ustedes... lo que iban diciendo... ¡También me gustan los discursos que no son del siglo XIV!

SEVER. ¿Lo dice usted con segunda intención?

GUMER. ¿Con espíritu crítico?

JULIA. Vaya, no se disgusten ustedes por tan poco. Pasen a la biblioteca, que allí creo que están los demás... Hasta luego.

GUMER. ¡Señora!...

SEVER. ¡Señora! *(Salen.)*

JULIA. Y usted a escuchar, que hoy la sesión va a ser interesante.

PASCU. ¡Ay, señora! ¡Si pudiera hablar no escucharía! *(Sale.)*

MARCE. ¡Ja, ja, ja! ¡Pobres viejos!

JULIA. *(Abriendo el libro, que apenas puede sostener: lee la dedicatoria.)* "A Julia, lozana y meliflua musa de la alegría en esta histórica urbe castellana... en prenda de admiración intelectual, ética y estética, dedica este ligero estudio su entusiasta y devoto: El autor." ¡Ay de mí!

ESCENA V

Marcela, Julia y el Doctor Dalmau.

DALMA. ¿Se puede entrar?

JULIA. ¿Qué? ¿Quién?

DALMA. Servidor.

MARCE. Hasta luego. (*Marcela sale.*)

DALMA. Todo sea por Dios. (*A Julia.*) Buenas tardes, señora.

JULIA. Buenas tardes, doctor.

ESCENA VI

Julia, Doctor Dalmau, después Plinio.

DALMA. ¿Usted ha visto?

JULIA. No. ¿Qué pasa?

DALMA. Marcela huye de mí.

JULIA. ¡Qué ha de huir! Se retira.

DALMA. Pero se retira con tanta insistencia... que empiezo a sospechar... que no me quiere.

JULIA. Es natural.

DALMA. ¿Que ella no me quiera?

JULIA. Que usted lo sospeche.

DALMA. ¿Es que acaso usted lo había sospechado?

JULIA. ¡Qué ramo tan hermoso!

DALMA. ¿Le quiere usted?

JULIA. No sé si debo...

DALMA. Puede usted recibirle sin escrúpulo.

JULIA. ¡Ay, doctor! Me figuro que no le traía usted para mí.

DALMA. Accidentalmente, no, ¿a qué negarlo? Pero esencialmente puede que sí.

JULIA. ¿Cómo?

DALMA. Sí... porque hasta que la he conocido a usted nunca se me había ocurrido cortar un ramo de flores para nadie.

JULIA. ¡Cómo lo arregla todo la filosofía!

DALMA. No es filosofía, señora, es lógica.

JULIA. *(Casi con espanto.)* ¡¡Ah!!

DALMA. Tómelo usted, se lo ruego.

JULIA. *(Cogiéndolo con tanta precaución como si llevase la Lógica dentro.)* Sí que son bonitas las flores.

DALMA. Bonitas.

JULIA. Huelen muy bien.

DALMA. ¡Psch!... Como casi todas las cariofileas. Sí, señora; cariofileas.

JULIA. Pues parecen claveles.

DALMA. Sí, señora; es lo mismo.

JULIA. ¡Ah! Es lo mismo... Gracias.

DALMA. No hay de qué. *(Pausa.)* ¡Ejem! ¡ejem! *(Ella le mira.)* ¿De modo que usted había sospechado que Marcela?...

JULIA. No se preocupe usted por Marcela.

DALMA. Es que me da pruebas de una desviación física... que francamente...

JULIA. Un hombre intelectual no debe tomar en cuenta descabros de amor.

DALMA. No, señora; no es el descabro precisamente. Ya sé que el amor es una función cerebral, y sé hasta dónde puede llegar un cerebro de veinte años, escaso de sustancia gris... pero aunque lo sé, me contraría casarme con una joven de corrientes magnéticas tan opuestas a las mías.

JULIA. Pues no se case usted.

DALMA. ¿Cómo?

JULIA. No casándose... Marcela no es la mujer que le conviene a usted... Cuanto más la conozco más me convenzo de ello... es ignorante.

DALMA. No lo crea usted... sabe... sabe...

JULIA. ¡Bah! Cuatro tonterías... un poco de latín, ¿ha podido sostener nunca una conversación... sobre las células nerviosas?...

DALMA. Eso no.

JULIA. ¿Sabe una palabra sobre la estructura del cerebro?

DALMA. ¡Qué ha de saber!

JULIA. ¿Y qué va usted a esperar de una esposa que no sepa de células, por buena madre de familia que llegue a ser? ¿Es usted un hombre de bata y zapatillas? ¿Ha de conformarse un sabio como usted con una mujer que no sepa más que dar sopas al niño y mecerle en la cuna? Usted necesita otra cosa.

DALMA. Ya lo sé. Pero ¿dónde se encuentra?

JULIA. ¡Vaya usted a saber!

DALMA. Entonces...

JULIA. Pero no faltará, créame usted a mí. El mundo es grande... y hay mujeres para todos los gustos... La dificultad está en encontrarla... pero en cuanto la encuentre usted... ¡ay, doctor! ¡qué vidita se van a dar ustedes! Vida intelectual... llegar a casa y en lugar de sentarse a la mesa y embrutecerse con los alimentos, irse al laboratorio e investigar y buscar y seguir al microscopio las evoluciones... de lo que sea...

DALMA. De las células...

JULIA. De las células, claro... Y ella, en vez de entrar en la cocina, irse a la biblioteca y engolfarse en los libros.

DALMA. Científicos.

JULIA. Cuanto más científicos mejor... En vez de hablar de tonterías sentimentales, sostener discusiones filosóficas... y luego... cuando llegue la noche, resumir lo que se ha hecho durante el día... y quererse, sí, señor, quererse... pero no como se quiere la gente vulgar, con cuatro besos inútiles, sino con todos los conocimientos, con amor reposado, consciente, con el único amor que es amor.

DALMA. Ese sería mi ideal.

JULIA. Pues ése no podrá usted realizarlo con Marcela.

DALMA. ¿Usted cree?...

JULIA. Será capaz de tener doce hijos... como las especies inferiores.

DALMA. Tal vez tiene usted razón.

JULIA. ¡Y tanta!

DALMA. El caso es que este matrimonio entraba en mis cálculos. Yo le dije a mí yo: "Tú, es decir, yo, necesitas una compañera." Mi yo me dijo: "Aquí la tienes: ésta es la esposa que te conviene"; pero si el yo de ella, como usted afirma y yo voy empezando a creer, teniendo en cuenta mis desviaciones, si el yo de ella me dice "no te quiero", los cálculos se vienen a tierra... y no habrá más remedio que resignarse...

JULIA. Gracias a que usted lo toma con filosofía.. Es usted de hielo, doctor.

DALMA. No, señora. También tengo mis pasiones correspondientes... pero refrenadas: amores, que usted dice; exacerbaciones del sistema nervioso, que digo yo. ¿Usted se figura que cuando veo a una mujer (*Se acerca.*) de las que tienen ojos... digamos negros (*La mira.*), no me paro a recibir impresiones? Pues, sí, señora, me paro, y hasta le diré a usted que con gusto. ¡Claro que no me quedo con la boca abierta!... pero estudio, calculo, miro si me mira, la vuelvo a mirar y si las corrientes continúan... (*Se acerca.*)

JULIA. ¡Qué hace usted! (*Retirándose.*)

DALMA. ¡Me convierto en ser inferior y la abrazo! (*Quiere abrazarla.*)

JULIA. (*Indignada.*) ¡Doctor!

DALMA. Perdón, señora... a veces pierde uno el libre albedrío.

JULIA. (*Casi riendo.*) ¡Qué horror!

DALMA. ¿Se ha enfadado usted?

JULIA. ¡Naturalmente!

DALMA. Hace usted mal.

JULIA. ¡Hago muy bien! ¡Habrás visto!

DALMA. Es usted un caso de atracción violenta... fascinadora... una sirena *vaxtatris*.

JULIA. ¡Mire usted que me vuelvo a enfadar!

DALMA. No, señora.

JULIA. ¿Y aquellas teorías sobre la mujer?

- DALMA. Sigó profesándolas.
 JULIA. Ya se conoce.
 DALMA. Reniego de las mujeres... en plural; pero en singular, y sobre todo en particular... ¡ay de mí!
 JULIA. Hasta a suspirar ha aprendido usted. *(El Doctor, que es un fresco, hace un gesto medio de resignación, medio de picardía.)*
 DALMA. ¡Hasta a suspirar, sí, señora! *(Entra Plinio; viene tan distraído que casi tropieza con el Doctor.)* Buenas tardes, Plinio. Absorto te veo.
 PLINIO. *(Secamente.)* Mi padre está en la biblioteca.
 DALMA. Voy allá, voy allá. *(Mira a Plinio de pies a cabeza con curiosidad y burla; mira a Julia.)* ¡Señora!... *(Se inclina, duda si marcharse o si quedarse, pero como ella está bastante seria, sale precipitadamente.)*

ESCENA III

Julia y Plinio.

- PLINIO. No se vaya usted.
 JULIA. ¿Qué dices?
 PLINIO. Que se quede usted aquí.
 JULIA. Lo siento mucho, hijó, pero tengo que cerrar las maletas.
 PLINIO. ¿Las maletas?
 JULIA. Las maletas. Me marchó esta tarde; ¿no lo sabes?
 PLINIO. Me lo había dicho mi madre, pero no lo había querido creer. ¿Se va usted?
 JULIA. Sí, me voy. Hasta luego.
 PLINIO. ¡Ay de mí!
 JULIA. ¿Qué dices?
 PLINIO. Digo que ¡ay de mí! *(Precipitándose hacia ella.)* No se mueva usted de esta casa.
 JULIA. ¡Pero tú estás loco!
 PLINIO. No quiero que se mueva usted de esta casa.
 JULIA. Vamos, chiquillo, no digas tonterías.

- PLINIO. No quiero que me llame usted chiquillo.
JULIA. (*Sonriendo.*) Vamos, Plinio.
PLINIO. No quiero que se ría usted de mí.
JULIA. Eso ya va a ser un poco más difícil... si te empeñas en decir desatinos.
PLINIO. ¿Es un desatino el que yo le diga a usted que la quiero?
JULIA. Grandísimo.
PLINIO. Pues la quiero a usted, ea, la quiero, la quiero.
JULIA. Enterados. (*Va a salir.*)
PLINIO. ¿Con esa tranquilidad lo toma usted?
JULIA. ¿Qué quieres que le haga?
PLINIO. Quiero que me quiera usted a mí.
JULIA. Lo siento mucho; pero así, tan de pronto, no va a poder ser.
PLINIO. ¿Tan de pronto?
JULIA. Vamos, tan por sorpresa.
PLINIO. Le sorprende a usted mucho, ¿verdad?
JULIA. Sí, hijo mío, muchísimo.
PLINIO. Atrévase usted a decir que le sorprende, que no lo sabe usted de sobra, que no había usted notado nada.
JULIA. (*Sonriendo a pesar suyo.*) En efecto, he notado hace unos días...
PLINIO. ¿Qué?
JULIA. Que debes estar haciendo colección de pañuelos y guantes; todos los que he perdido esta semana te los has encontrado tú.
PLINIO. ¿Y eso no le ha dicho a usted nada?
JULIA. Tratándose de ti, no mucho. ¡Vaya usted a saber para qué colecciona pañuelos y guantes un hombre de ciencia!
PLINIO. No hablemos ahora de la ciencia.
JULIA. Por mí no hablemos.
PLINIO. Y no se burle usted de un... amor... del que, después de todo, tiene usted la culpa.
JULIA. ¿Yo?
PLINIO. Usted me ha dicho no sé cuántas veces: "Enamórate, Plinio".
JULIA. Pero no de mí.

- PLINIO. Permitame usted que le diga que en la elección de sujeto soy perfectamente libre.
- JULIA. Permitido, pero yo no lo soy.
- PLINIO. ¿Por qué?
- JULIA. Pregúntaselo a mi marido.
- PLINIO. Su marido de usted no tiene nada que ver en este asunto.
- JULIA. Hombre... hay opiniones.
- PLINIO. La de usted, por ejemplo.
- JULIA. Pongamos que la mía.
- PLINIO. No, no.
- JULIA. Me gusta.
- PLINIO. No puede ser... ¿por qué no ha de quererme usted, usted que tan bien sabe enseñar el cariño? Además, yo no puedo vivir sin que usted me quiera... No vuelva usted a decirme que no es libre... eso son sofismas, mentiras sociales. La vida... la vida natural no sabe de esas cosas... los ojos se miran... las manos se buscan... las bocas se desean... el amor es amor y el amor siempre es libre... y debe serlo.
- JULIA. ¡Ay, Plinio, ése es demasiado naturalismo para mí!
- PLINIO. Porque vive usted en un mundo convencional, lleno de hipocresías, de mentiras.
- JULIA. Por eso debe ser. Buenas tardes.
- PLINIO. Julia, Julia... no se vaya usted... soy un necio, un mal educado... la quiero a usted con toda mi alma y no encuentro palabras con que decirselo.
- JULIA. No hacen falta, Plinio (*Suavemente.*), porque no me las debes decir.
- PLINIO. ¡Si la quiero a usted!
- JULIA. No debes quererme.
- PLINIO. Pues la quiero a usted.
- JULIA. No quiero que me quieras.
- PLINIO. ¡Pero usted se figura que yo la quiero porque quiero quererla! (*Llora casi con rabia, como una criatura. Pausa, durante la cual Julia, alternativamente, medita y sonríe.*)
- JULIA. ¿Qué te pasa? Levanta esa cabeza. Me he

lucido. ¡Te he querido enseñar la alegría y te cuesta llorar el aprenderla! ¡Ay, ay, ay! Oyéme, Plinio: yo no soy sabia como tú, pero... verás... escucha.

PLINIO. ¿Va usted a decirme que me quiere, que me querrá?

JULIA. ¡Ay, hijo, qué vivos de genio sois los sabios!

PLINIO. Entonces no quiero escuchar nada.

JULIA. Pues yo te lo quiero decir, ea. Has de saber, chiquillo... sí, chiquillo simpático, que te estás engañando a ti mismo... Ten paciencia, que el sermón va a ser corto. Tú crees que me quieres tanto y cuánto... pero afortunadamente no me quieres a mí.

PLINIO. ¿Que no la quiero a usted?

JULIA. ¡Silencio! No me quieres a mí... quieres al amor.

PLINIO. Es lo mismo.

JULIA. No.

PLINIO. Sí: el amor para mí es usted.

JULIA. Porque cuando te ha entrado el deseo de querer, he sido la primera mujer que se te ha puesto delante.

PLINIO. Por lo que sea... ya no tiene remedio.

JULIA. ¿Pues no lo ha de tener, criatura?

PLINIO. No, no; será una pena y muy amarga para todá mi vida.

JULIA. Será una melancolía muy dulce de contar a la primera novia que tengas.

PLINIO. ¡Nunca tendré novia!

JULIA. Novias.

PLINIO. Nunca.

JULIA. Si se te conoce en los ojos. ¡Más enamorado vas a ser!

PLINIO. Bien escarmentado quedo del amor.

JULIA. Pero si te digo que esto no es amor, no es amor.

PLINIO. Pues ¿qué es?

JULIA. ¡Qué sé yo!... gana de enamorarte. Mirame; si tú mismo lo has dicho... si me quieres sin quererme querer... si te cuesta llorar el quererme... No es amor, te digo.

- PLINIO. ¡Qué triste es la vida!
- JULIA. Te digo que no.
- PLINIO. Le digo a usted que sí.
- JULIA. ¡Ay, hijo mío, qué terco te pones! No, no, y no... la vida no es triste, no es triste, ni siquiera para los tontos que no saben con qué llenarla; figúrate si va a serlo para ti que sabes tanto y cuanto y no tendrás nunca el alma vacía.
- PLINIO. ¡Maldita ciencia!
- JULIA. Alto ahí; no consiento que hables mal de la ciencia.
- PLINIO. ¿Es que va usted a defenderla ahora?
- JULIA. Naturalmente.
- PLINIO. ¿Después de haberse burlado tanto de ella?
- JULIA. Me he burlado de la cara fea que le hacéis poner los sabios; pero teniendo el corazón alegre y los ojos abiertos a toda la hermosura del mundo, venga sabiduría... Si, venga sabiduría, vengan conejitos de Indias, vengas microbios. Hemos quedado en que tienes que ser hombre célebre, en que vas a descubrir no sé cuántos sueros para bien de la Humanidad, en que tendrás estatuas... sin dejar por eso de tener alegría y cariño, y hasta hijos rubios, si a mano viene. ¡Poco a gloria que deben saber los besos después de seis horas de laboratorio! Ni siquiera sonrías.
- PLINIO. Señora.
- JULIA. Julia.
- PLINIO. Julia. Ahora ya sé decirlo.
- JULIA. Pero tendrás que aprenderlo otra vez.
- PLINIO. Para decirlo con indiferencia, ¿verdad?
- JULIA. No tanto. (*Pausa.*) Mira, Plinio, vamos a separarnos como buenos amigos, ¿quieres? Yo tengo para ti una deuda grande; por mí has llorado las primeras lágrimas; perdónamelas y siempre que la vida te haga llorar otras, piensa que hay un cariño de mujer, que aunque se ríe siempre, tendrá simpatía para ellas. Dame la mano, ¿quieres? ¿Me guardas rencor?
- PLINIO. Cuando esté usted en su casa, cuando haga mu-

cho tiempo que no nos hemos visto, ¿se acordará usted de mí?

JULIA. Si, Plinio, si.

PLINIO. ¿Y se burlará usted de mí al acordarse?

JULIA. ¡Chiquillo! Tú no sabes lo que agradece una mujer todo cariño que encuentra al paso... aunque no le recoja... porque no debe.

PLINIO. ¡Julia!

JULIA. Con un poquitito menos de calor. (*Mutis de Plinio.*)

ESCENA VIII

Marceta, Enrique y Julia.

ENRIQ. ¡Hecho, hecho, hecho!

MARCE. (*Saliendo.*) ¿Qué te pasa, hombre?

JULIA. ¿Qué le sucede a usted?

ENRIQ. Que traigo una noticia de las que hacen caerse de espaldas.

MARCE. ¿Mala?

ENRIQ. Que ha de ser mala. ¡Estupenda! De esas que hay que irlas dando por entregas para que no le dé a uno un desmayo.

MARCE. ¿Te ha tocado la lotería?

ENRIQ. ¿Por quién me tomas?

MARCE. ¡Acaba de una vez!

JULIA. Diga usted, diga usted.

ENRIQ. Que acaban de hacerme socio... ¡socio! de una casa de automóviles de las más importantes... extranjera.

MARCE. ¿De veras?

ENRIQ. Y que casi soy rico porque como lo seré, es lo mismo que si ya lo fuese, y que nos iremos a viajar, y que te sacaré de esta ciudad que parece un cementerio suelto... y que nos querremos hoy en París, mañana en China y pasado mañana donde sea... que llevaremos la vida en automóvil... y que ya tengo independencia para escaparme contigo de este vergel de sabiduría.

- JULIA. Ya procuraremos que no tengan ustedes que escaparse; se casarán ustedes por buenas, Dios mediante.
- ENRIQ. Mejor... menos gasto de bencina. Pero que sea pronto. Ya saben ustedes que no me puedo entretener. Ya me he mandado hacer la ropa.
- MARCE. ¿De veras?
- JULIA. ¿Mucha?
- ENRIQ. Tres trajes de *chauffeur* por de pronto: uno de novio de dril... pero con frac y sin anteojos negros porque ese día te quiero ver de color de rosa... otro de piel de fiera para cuando venga a ver a la suegra y otro de pluma para volar contigo. ¡Paloma!
- MARCE. ¡Tonto!
- ENRIQ. ¡Valiente defecto! ¡Te parezco tonto porque has vivido siempre en ese instituto de... últimas letras; pero en cuanto salgas de aquí, verás cómo los tontos te parecen éstos! ¡Ay, Marcela, qué abrazos les vamos a dar a todos los ignorantes que encontremos por el mundo!
- JULIA. ¡Cálmese usted, que no es para tanto!
- ENRIQ. ¡Ay, sabios, sabios! Suerte que cuando se olvidan de serlo les nace una flor, y así has nacido tú.
- MARCE. ¡Y suerte que hay buenos jardineros!
- JULIA. ¡Ay, hijos míos, cómo están ustedes! ¡Qué empalago! ¡Y qué modo de perder el tiempo en tonterías!
- ENRIQ. Tiene usted razón. ¡Viva la vida! (*Entra don Tomás.*)

ESCENA IX

Dichos y Don Tomás.

- TOMAS. ¿Qué es esto? ¿Qué significan esas expansiones?
- JULIA. Que estamos contentos.
- MARCE. Eso es, contentos.

- TOMAS. ¡Dichosos vosotros!
- JULIA. Es que también lo vas a estar tú. (*Don Tomás niega con la cabeza.*)
- MARCE. Sí, papáito.
- ENRIQ. Sí, don Tomás.
- JULIA. En cuanto te digamos el motivo. ¿No lo adivinas? (*Señalando a Marcela y Enrique.*)
- TOMAS. Preferiría no adivinarlo.
- MARCE. ¡Ay, papá!
- JULIA. Pues harías muy mal si no lo adivinases, porque te privarías de una alegría... grande... la de ver a tu hija feliz.
- TOMAS. ¿Piensas, hija mía, que casándose encuentra uno la felicidad?
- MARCE. Según quien sea el otro, papáito.
- ENRIQ. ¡Bravo!
- TOMAS. ¿Y el... otro... eres tú a lo que parece?
- ENRIQ. Sí, don Tomás, y usted perdone... Siento darle a usted ese disgusto, pero no lo he podido remediar. En desagravio, le prometo a usted que será dichosa.
- JULIA. Vamos, Tomás, ¿qué dices?
- TOMAS. Yo no digo nada; pero, ¿qué va a decir su madre?
- JULIA. Su madre es su madre... y dirá que sí...
- TOMAS. ¡Pero habrá que oír cómo lo dice!
- JULIA. ¡Doctor! ¡Doctor! ¡Gertrudis, vengan ustedes!

ESCENA X

Dichos, Dalmau, Severo, Gumersindo, Pascual, Plinio; después Gertrudis. Los cuatro primeros entran por la puerta de las habitaciones. Plinio por la del jardín.

- DALMA. ¿Llamaban ustedes?
- PASCU. Aquí estamos todos.
- PLINIO. (*Con desdén.*) ¿Es que va a empezar la lectura?
- JULIA. Sí, y hoy la empiezo yo.
- PASCU. ¡Muy bien, muy bien!

GUMER. ¿De modo que nos reservaba usted una sorpresa? ¿También usted escribe?

JULIA. No escribo, dicto. Abrese la sesión.

TOMAS. Llamemos a Gertrudis.

JULIA. Ya vendrá, ya vendrá. Sí, señores; abro la sesión, no para leer, sino para dar cuenta al respetable senado (*Todos saludan.*) de una comunicación importante.

ENRIQ. ¡Bravo!

PASCU. ¡Perfectamente!

GUMER. ¡Orden, orden!

JULIA. Se trata de dos jóvenes que quieren casarse.

GUMER. ¿En qué siglo?

JULIA. Ahora mismo. Cuanto antes, mejor.

SEVER. Puede que sea interesante.

JULIA. Estos novios... no históricos, son Enrique y Marcela. No hablaré de su amor, porque la docta corporación (*Saludan.*) no entiende de eso. (*Protestas.*) En nombre de Enrique, joven, buen mozo, soltero, inteligente y hombre moderno, he pedido la mano de Marcela, joven también, bonita como salta a la vista, hija de padre catedrático y de madre recatedrática... y en nombre de ella, el señor don Tomás ha dicho que sí. (*A mitad de discurso ha entrado doña Gertrudis.*)

GERT. ¿Qué significa este discurso?

JULIA. Significa que ya no falta más que tu consentimiento para que se casen mis protegidos, y que te lo pedimos lo más académicamente posible.

ENRIQ. ¡Bravo, bravo!

GERT. Pero estas cosas no se tratan así.

JULIA. Eso va en gustos.

GERT. Es que Marcela está ya comprometida.

JULIA. ¿Con el doctor Dalmau?

GERT. Con el doctor Dalmau.

JULIA. El doctor Dalmau tiene la palabra.

DALMA. ¡Ejem, ejem! Realmente, entre Marcela y el que habla, ha mediado algo; por parte... por mi parte, mi aspiración estricta; por parte de

ella su desviación obstinada. En mis planes de vida entraba el hacer de ella mi colaboradora. En los suyos, parece que no. Tal vez no ha nacido para la vida de observación: tal vez prefiera la vida nómada, y en eso no puedo complacerla. No creo que el casarse con... el joven sea cosa reprochable.

ENRIQ. ¡Qué ha de serlo!

DALMA. Así es que por mi parte declino toda pretensión y me amoldo a las circunstancias.

GERT. ¿Es decir, que renuncia usted?

DALMA. Esa es la palabra, renuncio. (*Se sienta.*)

GERT. No entiendo todo este jaleo.

PLINIO. Ni hace falta, mamá; que se casen.

GERT. ¿Tú también?

PLINIO. ¡Ay! El amor es para la juventud.

GERT. ¿Pero qué microbio ha entrado en esta casa?

JULIA. El microbio de la alegría.

GUMER. Justo; de la alegría.

SEVER. Eso es.

PASCU. ¡Muy bien!

GERT. (*A don Tomás.*) ¿Y tú consientes?

TOMAS. Mujer, la vida es tan corta y tan triste, que no vale la pena de oponerse.

GERT. No me sorprende. (*A Julia.*) De sobra he notado tus manejos. Pero no te saldrás con la tuya.

JULIA. No te enfades. Si después de todo no ha pasado nada. Se casarán y serán felices.

GERT. ¡Qué sabes tú!

JULIA. Lo serán, porque no vivirán aquí.

GERT. Aquí vivíamos todos, y lo éramos antes de venir tú. Tú que has venido a traer el desorden.

JULIA. Y que no se alegran todos de que le haya traído, ¿verdad?

GERT. ¡Ustedes... ustedes se alegran!

SEVER. Regular.

GUMER. Así, así.

PASCU. ¡Mucho, señora, mucho!

DALMA. ¡Je, je!

JULIA. ¿Lo ves?

GERT. Porque te has valido de medios ilícitos.

JULIA. Me he valido de la risa, ¿lo oyes?, sólo de la risa para convencerlos. De lo que tú nunca has sabido darles: de un poco de sol de alegría. ¿Crees que basta con ser sabia para hacer feliz un hogar? De todo lo que pasa aquí tienes la culpa tú.

GERT. ¡Yo!

JULIA. Tú, que siendo mujer y habiendo tenido veinte años, has consentido que el padre de tus hijos sea pesimista; tú que tienes un hijo y no le has enseñado a querer; que tienes una hija y no la has enseñado a reír; que tienes amigos y no les ha temblado la voz un solo día al pronunciar tu nombre. Tú, que tienes un jardín y no se te ha ocurrido nunca poner unas flores encima de la mesa donde trabaja tu marido.

GERT. ¿Vas a venir tú a enseñarme la vida?

JULIA. Yo, sí... Miralos... Todos están pálidos. Si en vez de tenerlos encerrados aquí los hubieses sacado a tomar aire y sol, a respirar mundo, no tendrían esa cara de penas; pero han vivido de pan mojado en tinta y tienen una tristeza de pergamino que da lástima verlos.

GERT. ¿Y ustedes no responden a esto?

JULIA. ¡Qué han de responder!... Si me abrazarían de buena gana.

DALMA. ¡Ay, sí!

JULIA. Si ahora cuando me marche va a ser esta casa un valle de Josafat, media hora antes del juicio.

GUMER. ¿Pero se va usted?

JULIA. Ahora mismo. ¿Ves cómo lo sienten?

GERT. Porque eres coqueta.

JULIA. Porque tú no has sabido serlo.

GERT. ¡Vete, sí, vete!

JULIA. No tengas prisa. (*Suenan cascabeles.*) Ya está esperándome el coche.

DONC. (*Entra con un saquito de mano, un guarda-*

polvo y un sombrero.) Señora... ya está todo. (Julia se pone rápidamente sombrero y abrigo.)

GERT. ¿Habrás preparado esta retirada gloriosa?
 JULIA. Me marchó, no sé si más alegre o más triste que cuando vine. He animado un poco a estos jóvenes... he rejuvenecido un poco a estos viejos. Las penas que dejo (*Da la mano a Plinio.*) serán pasajeras, y en cambio (*Por Marcela.*) alguien habrá aprendido a mirar cara a cara la alegría. Creo que no he hecho mal a nadie... y me voy a buscar a mi marido, que ya debe estar echando de menos la risa.

PLINIO. ¡Julia!

JULIA. No quiero que me echen ustedes de menos, pero acuérdense ustedes de mí alguna vez, que eso siempre se agradece. Adiós, Tomás.

TOMAS. ¡Ya!

JULIA. Adiós, Plinio.

PLINIO. Adiós.

JULIA. Doctor...

DALMA. ¿Quiere usted que la acompañe?

JULIA. No, no; señores... (*A Marcela y Enrique.*) Un abrazo para los dos, y que se den ustedes muchos en esta vida.

MARCE. ¡Dios te lo pague todo, Julia!

ENRIQ. Gracias. (*Le da la mano.*)

JULIA. ¿Y tú, Gertrudis?

GERT. Anda con Dios. (*Le da la mano fríamente.*)

JULIA. (*En la puerta.*) Y nada de lágrimas. ¡Alegría! ¡Alegría! ¡A vivir, a vivir! (*Les tira un beso con la mano y sale. Marcela y Enrique salen detrás de ella. Todos los hombres quieren acompañarla, pero doña Gertrudis se pone en la puerta y les hace retroceder con un gesto trágico. Se sientan en sus sitios cabizbajos; hay una pausa; luego se oyen sonar los cascabeles.*)

ESCENA ULTIMA

Dichos menos Julia; el Canónigo entra seguido de Marcela y Enrique.

CANON. Ya está fuera el espíritu maligno. La tranquilidad vuelve a esta casa.

DALMA. Sí, ya está fuera.

SEVER. Ya, ya.

GUMER. Sí, sí.

CANON. Ya podemos volver a la vida plácida. ¿No es hora de leer, señores? Lea usted. Lea usted, que yo estoy no sé cómo.

SEVER. Todos estamos no sé cómo.

CANON. Todos no; leeré yo.

TOMAS. Permita usted un momento, señor Magistral. *(Se acerca a Marcela y Enrique, que están un poco aparte.)* Si queréis creerme a mí, no escuchéis, hijos míos... si yo fuera vosotros o pudiera volverme atrás, ¡ay!, no escucharía. *(Se levantan y van junto a la ventana.)* Continúe usted, señor Magistral... ¡Todo sea por Dios! Ya estamos resignados. *(Mientras el Canónigo se dispone a leer, cae el*

TELÓN

EL TEATRO

— OBRAS PUBLICADAS —

- 1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
- 2 *Cobardes*, por Manuel Linares Rivas.
- 3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
- 4 *Encarna, la Misterio*, por Luque y E. Calonge.
- 5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
- 6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
- 7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
- 8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
- 9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Álvarez Quintero.
- 10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
- 11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
- 12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
- 13 *La virtud sospechosa* (extraordinaria), por Jacinto Benavente.
- 14 *Vidas recatas*, por Marcelino Domingo.
- 15 *El ardor*, por Pedro Muñoz Seca.
- 16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
- 17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
- 18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
- 19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
- 20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
- 21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
- 22 *Colonia de Blas*, por J. Fernández del Villar.
- 23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
- 24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
- 25 *Pantasmás*, por Manuel Linares Rivas.
- 26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavín.
- 27 *Para hacerse amar tocamente*, por G. Martínez Sierra.
- 28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
- 29 *La prisión*, por S. y J. Álvarez Quintero.
- 30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
- 31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
- 32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
- 33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Súa.
- 34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.

LEA USTED

EL TEATRO

= M O D E R N O =

QUE PUBLICA INTEGRAMENTE

LAS OBRAS DE GRAN ÉXITO
DE LOS MEJORES AUTORES

—— LUJOSA EDICIÓN ——

50 CENTIMOS

R

11376

Biblioteca de La Rioja



10000386829

PRENSA

ALBERTO AGUIRRE SAZ MADRID APARTADO 8018



LA NOVELA
PASIONAL
COLECCIÓN
IMPERIO
EL TEATRO
COLECCIÓN
OLIMPIA
FRU FRÚ

PUBLICACIONES

S. Rusñón y G. Martínez Sierra

WION Y DULZURA

¡ SORTEO !